

Mis primeros recuerdos no son los de una familia cariñosa, que me hiciera comprender mi verdadera naturaleza. Tampoco recuerdo mi existencia en alguna selva húmeda o encima de altos árboles. Todos mis recuerdos son los de un prisionero en una jaula.

En los días de calor me refugiaba en el interior de mi celda; allí nadie podía verme y tenía un poco de privacidad. Pero la mayor parte del día estaba frente a los barrotes, observando a los visitantes que se paseaban. Nuestro parque zoológico se levantaba en la mitad de un cerro que se enfrentaba a la ciudad. Desde mi celda tenía una vista parcial y lejana del plano de ella. En esa época no me imaginaba qué significado tenían esas líneas interminables, ese murmullo persistente o, por las noches, el titilar de las luces nocturnas. Como dije antes, mi vida se limitaba al espacio de una jaula. Dependía de mis cuidadores, todos hombres grises que me trataban con desganado y muchas veces recelo. Una vez al mes se acercaban todos ellos, con sogas y alambres me inmovilizaban apretándome el cuello y me encerraban en el interior de la

jaula. Entonces lavaban el estrecho lugar con agua, mientras yo, torturado de esa forma, me quejaba de dolor. Para los guardias eso no significaba nada. Yo era un prisionero sin derechos. Todos los meses tenía que sufrir esa humillación.

Por las noches, a la hora en que el parque cerraba, observaba las luces de la ciudad y me preguntaba por qué estaba allí, por qué era prisionero, qué delito tan grave había cometido. Me esforzaba por comprender, pero era inútil, no llegaba a ninguna respuesta. Creía, erradamente, que no era diferente de los guardias que me vigilaban o de los visitantes que acudían diariamente al parque. Podía reconocer algunas diferencias físicas de mi parte: mis largas manos, mi cuerpo cubierto de pelos y algunos otros detalles, pero sentía que eran solo detalles sin verdadera importancia. Me sentía, aunque esto pueda ser considerado una broma, uno más, uno como cualquiera o como todos. Por supuesto, estaba equivocado, pero eso lo descubrí después. Mi vida de simio joven dentro de esa jaula me parecía injusta, aborrecible, y ocupaba mis reflexiones en tratar de encontrar respuestas a aquel encierro.

Una mañana en que los guardias realizaban la limpieza de la jaula, sentí como nunca el dolor que provocaban la gran vara y el alambre que me doblaban el cuello. Apenas podía respirar. Deseaba que terminaran pronto la limpieza para volver a mis pensamientos, a mi mundo solitario. Pero entonces la vara cedió y el cable entero quedó suelto, sin que ninguno de los celadores se percatara. Moví levemente la cabeza y quedé liberado. Por delante tenía abierta la puerta enrejada. En el fondo oía a los hombres, despreocupados, limpiar baldeando el lugar. Salté hacia delante fuera de la jaula. Me arrastré por el sendero, sin saber cuál dirección era la más adecuada, excitado por aquel momento inesperado.

Al menos parte de mi raciocinio era frío porque creí que lo más conveniente era subir hacia el cerro, donde parecía más denso de vegetación y arboleda. Por un momento pensé, y creo que no estaba equivocado, que esa dirección me permitiría esconderme entre los arbustos. En esa época era un simio joven, entendía muy poco lo que ocurría a mi alrededor; si hoy puedo contarlo de esta forma es que muchos de mis actos ahora han pasado por la medida y la reflexión que entrega una edad madura. Subí por la gravilla del sendero y vi por primera vez en muchos años cómo lucía mi celda desde arriba. Observé también la jaula de dos jirafas parsimoniosas y también a un oso pardo, muy viejo. Desde mi jaula siempre oía sus quejidos, producidos, probablemente, por una enfermedad crónica que nadie se preocupaba de tratar. Me encontré en el sendero a un grupo de niños que venía de bajada (las escuelas organizaban periódicamente visitas a nuestro parque zoológico). Los niños reían y no parecieron temerme, sino sorprendidos, pero de la misma forma que lo estaba yo. Incluso uno de ellos me sonrió como si hiciera un gran descubrimiento. Tal vez fue ese momento, ese extraño momento en que me sentí como nunca uno más de ellos, uno que recibía con gratitud una sonrisa. Me detuve. Moví graciosamente la cabeza y los brazos en señal de amistad, como estaba acostumbrado a hacerlo para detener a los visitantes ante mi jaula, para prolongar de esa forma sus visitas y obtener, a cambio, un poco de compañía. Pero entonces un hombre gordo —probablemente uno de los profesores del grupo de los niños— comenzó a gritar desesperado pidiendo auxilio al verme. Todos corrimos en distintas direcciones. Ese instante de pánico me distrajo y perdí la concentración que requería mi huida. Vi a dos guardias que subían hacia el sendero. Retro-

cedí. Los niños se apartaron atemorizados por los gritos de su profesor. Uno de los guardias, que limpiaba el piso de mi jaula, uno especialmente asignado a mi cuidado, a quien todos llamaban Palmines el Grande, se acercó por detrás sin que lo viera. Yo estaba confundido y desesperado, sin decidir qué hacer a continuación. Comencé a dudar del éxito de mi huida. Erradamente bajé por el sendero antes que seguir subiendo para encontrar los árboles. Tampoco sabía en ese momento que mi medio natural, en el cual estaría más cómodo y podría desplegar mis habilidades, eran nada menos que los árboles. No me di cuenta de que Palmines el Grande me esperaba oculto en una esquina de mi jaula. Levantó entonces un garrote que dejó caer cobardemente en mi cabeza. Fue lo último que recuerdo. Enseguida todo se oscureció y caí inconsciente. Escuché muy lejanos los gritos de los niños, los silbidos de los guardias y la risa de Palmines el Grande.

Desperté enfermo. Durante los siguientes días sentí mi cabeza enorme y desproporcionada. Un veterinario me observó sin hacer nada. Todos esos días permanecí en el fondo de la jaula, en la oscuridad del fondo, donde me lamentaba por mi suerte y mi vida. Reconozco que lloré no solo por el dolor de la herida, que me dejó una pequeña cicatriz en la cabeza que aún conservo, sino por desperdiciar tal vez mi única posibilidad de escapar de esa prisión. Pero algo nuevo también surgió con ese intento frustrado. Por primera vez sentí verdaderamente que no pertenecía a ese lugar. Buscaría entonces, por todos los medios, salir de allí, sabía que mi lugar no estaba en esa jaula estrecha, condenado por un delito que no conocía. No me imaginaba, como me enteré más tarde, que mi única función en ese lugar era servir de muestrario absurdo de mi especie. Ese golpe en la cabeza produjo en mí un cambio importante; por primera vez deseé con todas mis fuerzas convertirme en un simio libre.

2

Los siguientes meses fueron de transformaciones. Presentía que algo ocurriría y que pronto saldría de ese lugar. Los cambios llegaron con M. (aquí no me atrevo a escribir su nombre y me conformo con la solitaria inicial). Ella llegó un domingo acompañada de quien debió ser su novio en esa época. Ambos parecían felices. Esos días para mí eran de profundas meditaciones buscando la solución a mis problemas; por lo tanto, no deseaba agradar neciamente a mis visitantes. Después de mi intento frustrado por escapar vivía sumido en mis pensamientos y poco me interesaban los visitantes del parque, incluso los niños, con los que siempre creí tener una relación especial. A Palmines el Grande le escuché decir que yo no era el mismo. Una noche, cuando el parque se encontraba cerrado, Palmines el Grande se acercó a mi celda. Bebía una botella y hablaba incoherencias. Me culpó de su suerte y de su ocupación, que, según él, lo desmerecía. Siempre quiso manejar un taxi o un autobús, pero sus escasos estudios y recursos solo le permitieron la ocupación de guardia de zoológico. De todo

aquello era culpable yo, según sus palabras. En medio de sus reclamos me lanzó a la cara el alcohol que bebía. No protesté y preferí esconderme en el fondo de la jaula. Desde allí lo escuché insultarme y humillarme durante horas.

Ese domingo, el primero que vi a M. acompañada de su novio, ambos se sentaron en el banquillo justo al frente de mi celda. El novio, un tipo burlón y siempre risueño, me lanzó con desdén unos maníes que me cuidé de no recoger. Al menos tenía el suficiente orgullo para rechazarlos. Les di la espalda y cerré los ojos para tratar de dormir una siesta. Entonces escuché hablar a M., le escuché frases que nunca a nadie había escuchado antes. Reclamaba contra su novio el maltrato de criaturas como yo, encerradas en ese lugar. Por primera vez oía algo así, por primera vez alguien lograba expresar claramente todo aquello que yo consideraba ilegítimo e injusto. Entonces me volví a mirarla. Creo que en esa mirada que ambos intercambiamos surgió algo, pero no alcanzamos a nada más porque el novio burlón se levantó y la arrastró a ella hacia otras jaulas, tal vez a observar la decadencia de nuestro enfermo oso pardo, que nunca cesaba de quejarse de dolor. Me quedé observando cómo se alejaba, había visto en esos ojos comprensión y eso me llenó de felicidad.

Creí que no la volvería a ver, pero una semana después apareció, aunque solo fue una aparición fugaz. La vi a lo lejos, sola, a los pies del mirador del comienzo del sendero, desde donde se debía apreciar el plano general de la ciudad, el que yo no alcanzaba a ver desde mi lugar. Con todas mis ansias quise que ella se acercara nuevamente a mi jaula y me hablara del mismo modo que la primera vez que estuvo allí. Pero esta vez parecía triste; tenía la vista perdida en el paisaje de la ciudad y por un momento comprobé que lloraba discretamente. Más tarde me enteré de que había acabado

su relación con aquel novio burlón; lo que a mí, en todo caso, me pareció lo más adecuado para ella. Un momento después se alejó por el sendero de gravilla. Pensé que no regresaría nunca más y volví a sentirme abandonado y desesperanzado.

No ocurrió de ese modo. Esta vez fueron varias semanas las que tuve que esperar y en las que casi olvidé su rostro. Hasta que M. volvió al parque zoológico y fue directo a mi jaula. Se sentó en la banquilla justo al frente de mis barrotes, observándome largamente. Tampoco yo me moví. No pretendía hacer juegos divertidos para ella, rascarme el cuerpo o dar saltos, no creí que era lo adecuado. Y no me equivoqué. La mirada de M. era de compasión y comprensión, dos sentimientos que por primera vez comenzaba a entender. De pronto, de su cartera extrajo un pequeño libro que comenzó a leer en voz alta. Por supuesto que al principio no entendí de qué se trataba, creí que era una broma, que ella ahora pretendía divertirme con actos incongruentes. Luego entendí que sus palabras provenían de aquel objeto que sostenía entre las manos. Entonces presté atención a la lectura, a la historia que relataba. Nunca antes había sentido algo así como cuando comencé a comprender, cuando en mi triste cabeza de simio comenzó a dibujarse aquella historia, comenzaron a crearse figuras, personajes y paisajes que nunca antes había visto, pero que parecían tan vivos cuando me los imaginaba. Por primera vez no me sentí prisionero, no me sentí encerrado entre barrotes, sino parte de todo aquello que relataba esa voz. Cuando terminó de leer, tuve que bajar la cabeza para que M. no se diera cuenta de que, de un modo simiesco, también yo lloraba.

Las visitas de M. a mi jaula se repitieron, a veces diariamente. Se sentaba en el banquillo y comenzaba un discurso sobre el derecho de todo prisionero y de lo injusto que resultaba el encierro en aquel zoológico. Así comprobé que existían más prisioneros como yo, o como el viejo oso o las dos jirafas, que vi en mi intento fallido de huida. Luego de esos monólogos fervientes —con los cuales yo estaba muy de acuerdo—, abría su cartera, extraía un libro distinto en cada ocasión y comenzaba a leer en voz alta. El timbre de su voz quedaba vibrando en mi cerebro. Por las noches lo repasaba en mi cabeza para sentirme acompañado. Incluso ahora que han pasado los años, a veces, secretamente, repito aquel sonido en mi mente, aquella voz que me reconfortaba.

Las historias que me leía me fueron haciendo comprender parte del mundo equivocado donde creía vivir, pero no fue lo suficiente para entenderlo del todo. Aquellos días, debo decirlo, fueron los más felices, tal vez los únicos felices que había experimentado hasta ese momento. Una noche en que observaba las luces de la ciudad a lo lejos, me di

cuenta de que estaba enamorado de M. Con la misma determinación entendí que esa situación se contradecía con una fuerza aún más fuerte que el amor. Deseaba, antes que nada, convertirme en un simio libre, con una vida verdadera. Mi deseo de escapar significaría alejarme de M., tal vez no verla nunca más. Fue una época de muchas emociones. Pero aún no encontraba la solución para el problema principal: escapar de esa prisión. La solución, curiosamente, la consiguió la propia M. Sus alegatos sobre el maltrato que yo sufría o que sufrían todos los que como yo habitaban ese lugar, no eran exclusivamente teóricos, no eran solo conmiseraciones, sino que esperaba transformarlos en acciones prácticas.

También en esa época descubrí la diferencia más aplastante que nos separaba a M. y a mí, la única que yo creía entonces insalvable. A pesar de todos mis intentos no lograba expresarme, no lograba verbalizar las ideas que corrían vertiginosamente por mi cabeza. Sólo emitía gruñidos horribles y hasta amenazantes. Me era imposible adquirir ese tono dulce y agradable que lograba M. en sus lecturas frente a mi jaula. Por las noches, cuando nadie me veía, ensayaba largos parlamentos que terminaban en absurdos gruñidos ininteligibles.

La semana decisiva llegó sorpresivamente. De alguna forma sabía que algo ocurriría y sabía que aquello me alejaría de M. Una mañana apareció ella muy temprano, coincidió con el día de limpieza de mi jaula. Presenció entonces, a la distancia, las torturas a las que era sometido por los guardias, que me creían un ser peligroso a quien se debía amarrar con alambres y mantener postrado para que ellos hicieran su trabajo. M. se enfureció frente a Palmines el Grande, la escuché gritarle que el animal era él. Sus palabras me llenaron de felicidad a pesar de sentirme sin aire, apretado por los

amarres y la vara sobre mi cuello. Por primera vez, Palmines el Grande pareció empequeñecido y se retiró furioso del lugar. M. lo siguió, amenazándolo con una carta de reclamo a la dirección del parque zoológico por aquellos procedimientos.

Al día siguiente, M. apareció frente a mi jaula y leyó su nota de reclamo, que a mí me emocionó casi hasta las lágrimas. Señaló que no solo entregaría la nota, sino que haría algo más y sería la solución definitiva a mi problema. Mientras reclamaba ante los directivos del parque, la hicieron esperar en las oficinas de la entrada. Cuando nadie la veía, logró hacerse con un manajo de llaves. Creía que una de esas llaves abriría mi celda y así yo podría huir. Solo necesitaba probarlas una a una. No puedo describir mi estado de excitación al escuchar algo así. Tenía otra oportunidad de escapar, pero a la vez comprendí, como nunca antes, que escapar significaría no solo un riesgo, sino que además perdería definitivamente a M.

Los siguientes días pensé que todo estaba perdido porque M. no apareció. Palmines el Grande y el resto de los guardias quisieron vengarse de mí por aquella carta interpuesta. No recibí alimento y debía conformarme con beber el rocío que encontraba en los objetos por la mañana. Durante cuatro días ninguno de los guardias se acercó con frutas o verduras hasta mi jaula. Un dolor intenso me recorría el cuerpo y comencé a debilitarme.

Pero una tarde regresó M., venía nerviosa y diferente. Me dijo, entrecortadamente, que era el día, que una vez libre debía huir hacia los cerros, allí encontraría suficientes árboles y vegetación. Por supuesto ella ignoraba que yo jamás sobreviviría en aquel lugar, había vivido desde mi nacimiento en esa prisión y sería incapaz de valérmelas

por mí mismo en un ambiente silvestre. De todas maneras prefería hacer el intento; deseaba convertirme en un simio libre aunque esto significara mi muerte.

M. probó las llaves en la cerradura del portón de barrotes. Las primeras no dieron resultado. Ella estaba nerviosa y atenta para no ser descubierta, mirando a cada momento hacia el sendero. Entonces apareció Palmines el Grande, soplando el silbato con el que se avisaba que el parque cerraría sus puertas para los visitantes. M. echó todo el aire afuera de sus pulmones y arrojó el manojito de llaves al centro del piso de la jaula. Enseguida me miró a los ojos. Cuando lo hizo, sentí que me decía que aquello había sido su intento postrero, el último por salvarme, no podía hacer nada más, y sería la última vez que nos veríamos. Lo comprendí todo muy bien. He tratado con muchas personas después de aquello, pero esa mirada fue el acto de entendimiento más claro que he tenido nunca. En mi mirada también traté de entregarle mis verdaderos sentimientos, que incluían la gratitud y el amor. La vi alejarse bajando por el sendero. Pasó al lado de Palmines el Grande, que la miró con desprecio, ante lo cual ella dio vuelta la cara con indiferencia. El guardia se acercó a mi celda. Rápidamente me senté sobre aquellas llaves y me quedé muy quieto. Palmines el Grande me observó burlonamente, me preguntó si tenía hambre; luego, de su bolsillo, emergió un sándwich que se comió lentamente frente a mis ojos.

4

M. no apareció al día siguiente ni ningún otro día. La esperé con la esperanza de que regresara, pero no ocurrió. Tampoco llegó el alimento a mi celda. Los guardias se negaban a dejarlo en mi jaula y me mantenían debilitado y enfermo. Pero tampoco me moví protegiendo aquel secreto que guardaba bajo mi cuerpo. Se me retorció el estómago de dolor y prolongados calambres me recorrían entero. Veía a Palmines el Grande pasearse por el sendero, silbando y burlándose de mí.

Aquella última noche sentí que no podía esperar o mis fuerzas no me permitirían nada más. Cuando la oscuridad llegó a las jaulas, comencé a probar las llaves en la cerradura de la puerta enrejada. Durante largos minutos lo hice, pero sin éxito. Me creí perdido, ninguna de aquellas llaves sería la correcta y moriría de hambre en el suelo de la jaula. Entonces escuché un sonido diferente en la cerradura, uno que me pareció igual al sonido dulce y conmovedor de la voz de M. cuando me leía sus libros. Enseguida la puerta cedió. Permanecí otro minuto sin moverme, como si no

creyera lo que ocurría. Me deslicé arrastrándome con mis manos, olfateando con cuidado el sendero. En ningún momento pensé en las indicaciones de M. No me escondería en los cerros, de eso estaba convencido. Me creía un ser humano con los mismos derechos que todos; entonces no me recluía en la oscuridad. Nada había hecho que mereciera mi castigo; por lo tanto, regresaría al mundo de los humanos, del que creía que alguien me había arrancado injustamente desde muy pequeño.

Por supuesto, esos primeros pasos bajando el sendero fueron temerosos y expectantes. Por las noches el parque zoológico era custodiado por los mismos celadores. Si me encontraban fuera de mi jaula, me castigarían de un modo terrible o tendrían la excusa que necesitaban para eliminarme definitivamente. Me acerqué al mirador y por primera vez contemplé la ciudad iluminada, completa y no fragmentada, como la veía desde mi encierro. Aquel paisaje me impresionó, me dio fuerzas y la conciencia necesaria para lo que debía hacer a continuación. Mi plan lo había pensado durante mucho tiempo, tal vez años. Si los guardias aparecían en ese momento y me regresaban a mi celda, me hubiera consolado con esos pocos minutos de verdadera libertad, hubieran sido suficientes para vivir el resto de mi vida.

Bajé cuidadosamente. Podía oler dónde se encontraban los guardias. Por lo general, no abandonaban la comodidad de la oficina de la entrada. A lo lejos vi la cabaña y escuché sus voces. También sabía, por sus propios comentarios, que existía una bodega lateral a la oficina. No fue difícil entrar allí. Primero debía recuperarme por los días sin alimento. Encontré suficiente comida, que devoré, siempre oliendo hacia el sendero que conducía a las jaulas, sin dejar de mirar por la ventana la cabaña de la entrada, desde donde

escuchaba risas. Después de saciarme sentí que mi cuerpo revivía, adquiría nuevas fuerzas y ánimo. Seguí hasta un apartado de la bodega, donde se guardaba el material de trabajo de los guardias. Allí encontré las ropas de los jardineros. Me probé cuidadosamente la que mejor me ajustara. Elegí uno de los sombreros de paja y, lo más importante, unas zapatillas de lona de color blanco. Nunca antes había usado zapatillas ni ningún otro calzado en mis pies, pero era necesario para mi disfraz si quería llegar a la ciudad. Los primeros pasos que di me resultaron dolorosos. Necesité varios meses para acostumbrarme a aquel calzado. Cuando estuve listo y conforme, escuché y olí algo distinto en el fondo de la bodega. Tal vez fue mi curiosidad o aquel olor me pareció muy conocido. Me acerqué. En el piso, entre colchones rotos y trastos viejos, encontré a Palmines el Grande completamente borracho. Antes de sorprenderse, se rió a carcajadas al verme vestido con las ropas de los jardineros. Dijo que me veía ridículo y que nunca podría ser algo distinto a lo que era, nunca dejaría de ser un feo simio. Sus palabras en ese momento me parecieron extrañas y no logré entenderlas completamente, más bien me parecieron una amenaza injuriosa. Palmines el Grande se levantó tambaleante, cargando con su botella. Dijo que me denunciaría a sus compañeros en la oficina, me regresarían a la jaula y me azotarían por mi insolencia de vestirme con esa ropa. Por primera vez sentí un odio incontrolable, sentí el calor de mi sangre y el deseo de gruñir. Le cerré el paso. Me vio erguirme sobre mis patas. Mi cuerpo lo sobrepasaba en altura y, debido a su borrachera o tal vez por la impresión, cayó hacia atrás, al suelo. Tomé una pala de entre las herramientas de jardinería y la levanté para descargarla sobre el guardia. Recordé aquel golpe con el que el mismo

Palmines el Grande me hirió gravemente hacía algunos meses. Me vengaría y vengaría todos esos años de injusticias. Pero nada de eso hice, no tuve el ánimo ni la convicción, y ahora me alegro de no haberlo hecho. Tal vez fue aquella la primera señal de una nueva vida, la señal que demostraba que era algo distinto a un animal, pero también distinto a un ser humano. Dejé caer por el costado la pala. Me di vuelta y salí de la bodega.

Cuando llegué hasta la oficina de los guardias, encontré una arboleda. Subí rápidamente a aquellos árboles y cuidadosamente me deslicé entre sus ramas. El último árbol coincidía con la cerca de la entrada del parque zoológico. Salté desde lo alto. En la vereda me encontré del otro lado del muro. Abajo vi una calle iluminada. Recompuse y limpié mi ropa. Traté de erguirme como lo había visto hacer muchas veces a los visitantes del parque y caminé alejándome del lugar al que esperaba no regresar jamás.

5

Cuando amaneció, mis descubrimientos siguieron sorprendiéndome. Recorrí una extensa calle casi sin mirar a aquellos que se cruzaban conmigo, probablemente se dirigían a sus trabajos a esa hora de la mañana. Intentaba caminar lo más erguido posible, pero ocultando la mirada. Escuchaba el ruido estruendoso de los automóviles en la calle. Sin saberlo me dirigía al centro de la ciudad.

Finalmente, me detuve en lo que parecía una plaza central. Al frente se levantaban enormes edificios y una catedral intimidante. La plaza la rodeaban árboles altos, que creí me servirían si necesitaba huir o esconderme. Decidí que era el lugar perfecto para detenerme y repensar qué hacer a continuación. Tampoco nadie pareció preocuparse por mí, todo lo contrario, los peatones del sector caminaban rápidamente, ocupados en sus obligaciones sin mirar lo que ocurría a su alrededor. Mi primera impresión de aquella gente fue que llevaba una vida agitada y acelerada. Sin que nadie se diera cuenta, o si lo hicieron no les importó, trepé a uno de esos árboles y permanecí allí el resto del día, descansando de

todas las fuertes experiencias vividas. Desde ese lugar trataba de obtener toda la información que pudiera utilizar más tarde en la nueva vida que comenzaba para mí. Era como el parque zoológico, pero ahora era yo quien observaba atentamente a la gente que caminaba por la plaza y las calles del centro de la ciudad. Trataba de captar esos gestos y movimientos e interpretarlos. Recordaba las historias que me leía M. intentando hacerlas calzar con lo que ahora veía. Sin jactancia tengo que decir que aprendí rápido, o al menos las reglas básicas para quedarme allí. La más importante era despreocuparme de los demás, apenas mirarlos a los ojos y caminar distraído y veloz, esa era la condición más importante. Desde la altura de los árboles de la plaza estudié con paciencia lo que ocurría abajo.

Bajé del árbol cuando llegó la noche de aquel primer día. Sentía hambre y algo de curiosidad. Entendí enseguida que era más fácil y seguro caminar en la oscuridad, así nadie se percataba de mí. Lo primero que debí hacer fue conseguir alimento. Si no lo dije antes lo digo ahora: era un simio grande, fuerte y joven, por lo tanto necesitaba comida en abundancia; además, en las últimas semanas había adelgazado peligrosamente debido a la despreocupación vengativa de mis celadores.

Por la noche la ciudad se veía distinta alrededor de la plaza. Otra gente llegaba hasta el sector. Después de dar vueltas sin rumbo, hice mi primer descubrimiento importante: a esa hora, tarde en la madrugada, los restaurantes llenaban sus tarros de basuras con restos de comida. Escarbé y seleccioné lo que me alimentaría. El sabor de esa comida era diferente a lo que antes consumía, pero, como a todas las cosas, rápidamente me acostumbré y hasta podría decir que me gustó.

Una noche, cuando creí que era necesario regresar a la

plaza, escarbé por última vez en uno de aquellos tarros de basura, sin encontrar nada. No sé por qué motivo entonces miré hacia arriba, hacia el cielo despejado y vi algunas de las mismas estrellas que apreciaba desde mi jaula. Allí estaba, explorando mi nueva vida en la ciudad y, puedo decirlo ahora que han pasado los años, no me arrepentí de experimentar todo aquello. Era un simio libre y eso me inspiraba, me llenaba de una dicha extraña e inexplicable.

Cuando me alejaba de ese callejón, escuché una voz que se dirigía a mí porque nadie más estaba en aquel lugar. Retrocedí y levanté la vista. Un hombre en la puerta trasera del restaurante me observaba. Fumaba un cigarrillo. Llevaba una cotona blanca que lo identificaba como mesero del lugar. Dio una larga pitada a su cigarrillo y dijo:

—Si fuera por mí, te invitaría a pasar al restaurante y te serviría el plato de la casa, un plato muy caro que nosotros los meseros no podemos comer y solo lo servimos.

Me acerqué aún más, mi rostro y mi cuerpo entero quedaron debajo de un farol próximo a la puerta trasera. El mesero pareció observarme con mayor detención; si notó algo especial en mi rostro peludo y fiero, prefirió no decir nada y continuó fumando su cigarrillo. Volvió a concentrarse y dijo:

—Yo, por ejemplo, trabajo hasta esta hora en el restaurante. Debo viajar una hora más para llegar hasta mi casa. Me esperan mi mujer y mi hija, pero no las alcanzo a ver despiertas. Así, un día se repite al otro.

Su voz me pareció triste, muy triste. Como no volvió a hablar, creí necesario responder algo, pero sabía que mis pensamientos no podía expresarlos. Me conformé con intentar un gruñido suave de asentimiento que lo hiciera entender que lo comprendía. Mi gruñido pareció alegrarlo y reafirmar lo que él pensaba.

El mesero apisonó el cigarrillo en la vereda y me dijo que esperara un momento. Entró y cerró la puerta. Me quedé en el mismo lugar sin saber qué hacer a continuación. El callejón estaba oscuro, tenebroso y escuchaba apagados los escasos ruidos de los motores de automóviles en las cuerdas siguientes. Un momento después, el mesero regresó con una bolsa. Me la entregó. Al principio no entendí aquel acto, me era completamente extraño y necesité algunos segundos para interpretarlo como un regalo, algo que recibía a cambio de nada, o tal vez como un modo de agradecerme haberlo escuchado por un momento. Enseguida el mesero se despidió, volvió a entrar al restaurante, cerró la puerta y desconectó la luz. La bolsa contenía alimento caliente. Me senté en la vereda y comí por primera vez un plato caliente. Tal vez parecerá extraño que un simio se alimente de la misma forma que un humano, pero debo repetir aquí una constante que me permitió sobrevivir y superar las adversidades: me acostumbraba con facilidad a todo lo nuevo que enfrentaba. Regresé caminando por la calle. Amanecía en el horizonte y la ciudad comenzaba su ritmo apresurado nuevamente. Llegué hasta lo alto de los árboles de la plaza y me eché a descansar mientras amanecía. Antes de caer en la inconsciencia del sueño, pensé en aquel acto desinteresado del mesero. Había recibido un obsequio sin esperarlo. No eran los mismos regalos que recibía en mi jaula cuando me arrojaban frutas secas, a cambio esperaban que me exhibiera, que imitara gestos humanos básicos, que hacían reír y que yo acometía casi involuntariamente para ser recompensado o para obtener un poco de compañía. Solo M. había tenido también actos desinteresados conmigo.

Darme cuenta de esto me regocijó de un modo especial. En ese tiempo necesitaba desesperadamente que me identificaran como uno más, un hombre más, tal vez contrahecho y demasiado peludo, pero un hombre.

Los siguientes días realicé una rutina más o menos similar al primer día. Permanecía encima de los árboles de la plaza sin que nadie se percatara. Por las noches recorría la ciudad vestido con mi ropa de jardinero de zoológico, mi sombrero de paja y mis zapatillas de basquetbolista (más tarde me enteré de qué tipo de zapatillas se trataba). Los únicos que se dieron cuenta de mi presencia fueron, otra vez, los niños que cruzaban la plaza llevados por sus padres, corriendo tras los buses o hundiéndose en las escaleras subterráneas del metro. Los niños eran los únicos que observaban a su alrededor, miraban hacia arriba o veían lo que los adultos no se permitían ver. Cuando me descubrían en las ramas, indicaban hacia los árboles con expresiones de asombro y risa. A veces, dependiendo de mi ánimo, les devolvía el saludo, pero casi enseguida desaparecían arrastrados por sus padres.

A las dos semanas de repetir esa rutina sentí más confianza y creí conocer bien lo que me rodeaba. Planifiqué direcciones de fuga por si era necesario o busqué alternativas

para esconderme. Entonces descubrí algo especial en aquella plaza. No los vi antes porque estaban en el otro extremo. Con cuidado me trasladé encima de los árboles. En un rincón, frente a una estatua que mostraba a un viejo alcalde —que todos llamaban el alcalde Mansur—, rodeando algunos bancos, se encontraba un grupo de hombres. Todos ellos se parecían a mí o al menos vestían como yo, con ropas sencillas, camisas y zapatos muy gastados, y, a diferencia de los demás, llevaban una existencia lenta hasta el aburrimiento, echados la mayor parte del tiempo en aquellos bancos de la plaza, sin hacer nada más que dormir y calentarse al sol. Vagaban por alrededor de la plaza, se alejaban algunas cuerdas y luego regresaban. Tampoco parecían tristes por su condición; más allá de la tristeza o de la alegría, podía describir sus rostros como tranquilos y reposados. No todos eran iguales, tengo que decirlo, algunos eran hoscos y violentos, pero la mayoría parecían inofensivos. Por la mañana, cuando los rayos del sol llegaban hasta la estatua del alcalde Mansur, aquellos hombres dormían echados en esos bancos, disfrutando del calor suave y limpio de las primeras horas del día, sin importarles el ruido de los autobuses, los bocinazos y silbidos. Los estudié durante horas, traté de explicarme qué los motivaba para no moverse de allí o cómo sobrevivían y, lo más importante, por qué parecían tan distintos a los demás transeúntes apresurados y veloces que pasaban por nuestro lado. Al final del día logré al menos responder una interrogante: su ocupación era mendigar, es decir, pedir a los demás. Por la noche me atreví a seguir a un par de ellos y comprobé que utilizaban las entradas de las galerías del centro o algún portal para dormir. Sus únicas pertenencias eran la ropa que cargaban o algún pequeño bolso casi vacío.

Me atrevía a bajar de los árboles durante el día, cuando acababa la tarde, antes de que se encendieran los faroles. Algunos de los vagabundos de la plaza me observaban despreocupadamente, se rascaban la cabeza, se acomodaban sus trajes y seguían sus asuntos sin importarles. Supongo que les parecí uno más en aquel grupo y se reservaban sus comentarios.

Otro día bajé de mi árbol en las primeras horas de la mañana. Me senté en una de esas bancas, junto a la figura de piedra del alcalde Mansur. Ninguno de los vagabundos dijo nada. Algunos dormían y otros tomaban café caliente en tarros. No alcancé a moverme cuando uno se sentó a mi lado. Se tocó con los dedos el sombrero a modo de saludo, se bebió su café con la vista perdida y ensimismado en sus pensamientos. Antes de acabar estiró la mano y me dejó el tarro con café. Era la misma expresión de solidaridad y reconocimiento que había visto en M. o en el mesero del callejón. Agradecí con un gruñido lo más suave posible y me bebí el café. Después, sin molestarme, el mendigo se acomodó en el resto del banco. Hice lo mismo tratando de encogerme. Se estaba bien en aquel lugar y era agradable recibir los rayos del sol. Un minuto después ambos roncábamos placenteramente.

La casualidad y enfrentarme tal vez a un primer hecho decisivo me hicieron otra vez cambiar y abrir mi pensamiento a otras realidades. Aquel mendigo que me ofreció su tarro de café se transformó en mi primer amigo, sin que ninguno de los dos lo exigiera o lo supiera, simplemente ocurrió como debe ser cuando se trata de amigos que no necesitan declarar su amistad. Nunca pude devolverle su amabilidad, pero creo que en una amistad esas consideraciones están de más. El Duque, así lo llamaban los demás. El Duque volvía de sus rondas por la calle siempre cargado de alimentos o monedas

que cambiaba por buenos platos y que, incluso, repartía entre nosotros. No quiero dar una idea errónea de los mendigos frente a la estatua del alcalde Mansur. No todos eran como el Duque, muchos de ellos se veían resentidos y pasaban la mayor parte del tiempo tratando de obtener una botella de licor que los transformase. El Duque era distinto. Una mañana me habló muy entusiasmadamente de su vida. Había trabajado en la minería en el norte, pero una enfermedad en los pulmones lo dejó sin empleo. Había conocido a una enfermera en el hospital, de la que se enamoró. Se casaron y él buscó una nueva ocupación como portero de un edificio. Entonces, según sus palabras, el alcohol lo arruinó. Su trabajo encerrado en ese lugar lo había conducido a beber. Tal vez incidió que su mujer no pudo tener hijos, según trató de justificarse. Los años siguientes se transformó en alguien distinto al que era. Golpeaba constantemente a su mujer sin motivo. Se convirtió en alguien violento y sus amigos, definitivamente, se alejaron de él. Un día llegó completamente borracho a su casa, pero no encontró a su mujer. Sobre el velador descubrió una nota que decía: “Me voy porque te dejé de amar”. Salió de la casa y entró a un bar. Sin ningún motivo buscó pelearse con cualquiera, pero eligió muy mal porque el otro llevaba una pistola. En un callejón terminó con seis tiros en el cuerpo. Cuando lo recogieron los paramédicos le dieron por muerto, incluso lo llevaron hasta una sala en la morgue, donde, por casualidad, una enfermera se dio cuenta de que todavía estaba vivo. Permaneció cinco meses en el hospital. Cuando se recuperó decidió que cambiaría, que su vida entera desde ese momento sería diferente. Fuera del hospital se dio cuenta de que no tenía nada: no tenía a su mujer, había perdido su casa y su empleo. Pero algo aún le perte-

necía, me dijo enfáticamente, estaba vivo y entusiasmado por probarse a sí mismo que podía ser alguien diferente o volver a ser el que había sido. Así llegó hasta el rincón del alcalde Mansur, donde conoció al resto de los mendigos. Se sintió respetado por ellos y, a cambio, trataba de ayudarlos.

Al final de su historia respondí con un gruñido suave y prolongado. El Duque me miró a los ojos y dijo:

—Gracias por escucharme.

Y los dos volvimos a roncar en el banco de la plaza, mientras los rayos del sol nos calentaban sin importarnos el ruido de los automóviles o el bullicio de la gente en la calle.

El hecho más increíble de ese tiempo de adaptación a mi nueva vida ocurrió sin buscarlo. Comencé a acostumbrarme a vagar por el centro de la ciudad, sin alejarme demasiado de la plaza que me servía de referencia. Sentía cierta seguridad al vivir cerca de los vagabundos de la plaza y dormir encima de aquellos árboles. Caminaba despreocupadamente durante el día reconociendo lugares y estudiando el comportamiento de los demás, que para mí era una forma de conocimiento. Había perfeccionado mi modo de caminar, cada vez más erguido, y hasta movía rítmicamente las manos como veía que lo hacían los demás.

Entonces me detuve en una extraña tienda, extraña porque la veía por primera vez y porque me recordó enseguida a M. Recordé esas tardes de dicha plena mientras escuchaba sus lecturas frente a mi jaula. Precisamente de eso trataba la tienda: el escaparate exhibía libros, infinidad de ellos. Enseguida me interesaron las coloridas tapas y las letras redondas impresas. Cada libro parecía un pequeño secreto apretado y contenido. Entré a pesar de mis temores.

Adentro, las paredes y estantes estaban cubiertos de libros de distintos tamaños y colores. Sentí un gusto especial y recordé con nostalgia a M. Al fondo de la librería me recibió un hombre anciano, el primero que veía de tanta edad. Amablemente me dijo que si gustaba podía revisar los estantes y que si necesitaba ayuda no hiciera más que llamarlo. Hice lo que me dijo: observé durante largo rato aquellos libros, los retiraba de los estantes y los hojeaba por un momento. Por supuesto no podía leer lo que estaba escrito en ellos, pero presentía en cada uno un mundo misterioso que me llenaba de satisfacción. En ese momento quise volver a ver a M., le preguntaría por cada uno de esos ejemplares, escucharía cómo ella los leería para mí con su voz dulce y especial. Entonces el librero apareció a mi espalda y me dijo:

—Noté cuando entró que usted es un buen lector. ¿Sabe cómo? Porque acaricia los libros, esa es una señal.

Un poco asustado logré emitir un gruñido muy bajo. Entonces el librero me identificó como un extranjero, pero tampoco le importaba porque él también lo era. Había llegado hacía muchos años huyendo de una guerra civil en su país. Más tarde, cuando el conflicto acabó, no quiso regresar, y el viaje que creyó se prolongaría algunos meses, significó toda una vida. Ahora se sentía con dos nacionalidades, y una tercera que era la de librero, dijo riendo por la ocurrencia. Por supuesto yo me limité a asentir tratando de llevar una conversación normal. Cuando me preguntó por mis gustos literarios, no supe qué responder y preferí mentirle para no pasar por ignorante. Quiso saber qué temas prefería, enumerándome algunos. De pronto, él mismo acotó algo y yo me demostré interesado a través de mis habituales gruñidos. El librero convino que a él el tema de la libertad también le era muy cercano, y enumeró algunos

títulos y reflexiones que me fueron difíciles de comprender, pero que en su boca sonaban muy coherentes. Sin darnos cuenta transcurrieron algunas horas en esa especial conversación, donde yo asentía o negaba según se expresaba el librero, que me creía un extranjero no familiarizado con la lengua local. Finalmente dijo que se hacía tarde, prefería cerrar la librería y regresar a su hogar, donde lo esperaba una nieta que era todo para él. En reconocimiento de mi atención e interés, buscó entre los anaqueles hasta que encontró un libro que esperaba que yo recibiera como un obsequio, pero que además me ayudaría para practicar el idioma. Me lo entregó asegurando que era una novela adecuada para todo lo que habíamos conversado.

Salí de la librería como si flotara en el aire. Había tenido mi primera conversación intelectual con un hombre sabio, pero además había recibido un increíble regalo: mi primer libro. Estaba tan dichoso que regresé a mi árbol en la plaza, trepé hasta lo alto y permanecí despierto casi toda la noche, tratando inútilmente de unir esas letras impresas que se mostraban rectas y perfectas ante mis ojos, que me invitaban a descubrir un nuevo mundo. Por supuesto, no acceder a la lectura me llenó de frustración y tristeza.

Una noche vagaba por una calle muy cerca del teatro municipal de la ciudad. Recién había logrado una buena comida en un tarro de basura, la cual me pareció deliciosa y abundante. Volvería a mi árbol a dormir tranquilo esa noche. Debo recordar que en aquel tiempo mis aspiraciones eran limitadas; si mi rutina hubiera seguido con ese ritmo lento, para mí hubiera sido una vida plena. Me sentía un simio libre y esto llenaba de significados mi existencia. Tampoco sabía de la infinidad de posibilidades que existen y a las cuales es esperable aspirar. En esos momentos me conformaba con mi árbol en la plaza, los amigos mendigos y los restos de comida en los basureros. Mientras regresaba a la plaza por una calle conocida, me encontré con un grupo de hombres jóvenes. En otras circunstancias hubiera tratado de evitarlos, pero ahora era diferente. Los jóvenes, evidentemente bebidos, golpeaban a dos hombres en el suelo. Los reconocí, se trataba de el Duque y otro más del grupo de las bancas del alcalde Mansur. Al principio creí que era una broma, pero los golpes se hicieron cada vez más

violentos y descontrolados. Uno de los jóvenes apareció con un bate de madera y lo descargó en el cuerpo del Duque. No sé si yo también sufrí un momento de descontrol o de desesperación ante lo que ocurría, tal vez recordé aquellas torturas que me infligía Palmines el Grande antes de limpiar mi celda. Me abalancé sobre ellos y descargué mi ira contra esos jóvenes. Nunca antes había golpeado a nadie, nunca antes había probado mi fuerza. Debo reconocer que mi violencia también fue desproporcionada, pero no sabía cómo medirla. En pocos minutos di cuenta del grupo de seis o siete y rompí el bate con el que castigaban a los vagabundos. Los hombres jóvenes se impresionaron por mi agilidad y, cuando se vieron sobrepasados, huyeron. De los dos mendigos, el Duque parecía malherido. El otro, que podía levantarse, se ofreció para buscar ayuda. Yo permanecí con el Duque a su lado. Él apretó mi mano. Por primera vez vi mi mano grande, de dedos regordetes y peludos, estrechada con una mano humana; parecían diferentes, pero también ambas querían decir lo mismo, eran agradecidas o intentaban dar fuerza y presencia. El Duque no podía hablar y sus ojos trataron de expresarme algo que no pude interpretar. Luego llegó la ambulancia. Los enfermeros lo arrojaron y lo dejaron en una camilla. La ambulancia partió por la calle, frente al teatro municipal. De pronto quedé solo, la calle estaba vacía otra vez, como si nada de lo que ocurrió hubiera pasado, como si hubiera sido un sueño violento una pesadilla.

Al día siguiente no apareció el Duque, tampoco lo hizo la siguiente semana. Una mañana en que me calentaba en mi banco al sol con varios mendigos de la plaza, escuché una conversación entre ellos. El Duque no regresaría nunca más. Las heridas que recibió esa noche fueron graves y

agudizaron su debilidad física. Comprendí lo que había ocurrido. No fueron necesarias más explicaciones. Tenía un conocimiento algo difuso de la muerte, del fin de cualquier ser vivo. Pero sentí que el Duque estaba muerto por mi culpa, no había llegado a tiempo a rescatarlo, debí haber actuado con mayor rapidez. Todos esos pensamientos me atormentaron durante semanas. No tenía ganas de comer ni ánimo de bajar de mi árbol. Me sentía enfermo y deprimido, a pesar de que la rutina en la plaza continuó sin el Duque y, aparentemente, sus compañeros parecieron olvidarlo con rapidez.

Tal vez por descuido no he contado un hecho previo que me hizo conocer la muerte. Antes de huir del parque zoológico, solo unas semanas antes, escuché un ruido distinto proveniente de la jaula del viejo y enfermo oso pardo. En realidad llevaba enfermo algunos años, pero ninguno de los cuidadores se había dado cuenta y no lo atendían como era debido. El oso se quejaba constantemente de su dolencia, pero los visitantes creían que se trataba de los sonidos habituales que los osos emitían. Durante años me dormí con esos gruñidos adoloridos, que se transformaban en gritos desesperados por la noche. Parecía que solo yo podía reconocerlos. Muchas veces escucharlos me provocaba compasión, me encolerizaba y saltaba en mi jaula, aferrándome a los barrotes, para que se hiciera algo, para que lo ayudaran. Como estábamos separados varios metros, se me ocurrió una fórmula para intentar ayudarlo o, al menos, demostrarle que lo apoyaba en su sufrimiento. Cuando sus gritos se hacían más agudos, yo, desde mi celda, lo imitaba, y debo decir que después de un tiempo mi imitación era fiel a los verdaderos gritos. Tiendo a creer que eso aliviaba un poco al oso pardo o le hacía creer, absurdamente, que otro como él sufría lo mismo; por lo tanto, el dolor se compartía.

Una noche de dolores y quejas, me desperté y le devolví el aullido. Entonces escuché que el oso permanecía en silencio un momento. Luego, durante unos pocos minutos, emitió unos gruñidos diferentes, eran gruñidos armoniosos y agradables que me extrañaron. Luego no escuché nada más, un gran silencio siguió el resto de la noche. No pude dormir y me imaginé lo que había ocurrido. Por la mañana los guardias lo encontraron muerto. Necesitaron una camioneta especial para sacarlo de allí. Se lo llevaron cubierto con unos sacos. Cuando vi alejarse el cuerpo del oso, pensé que tal vez entonces estaría mejor, aliviado de sus dolores. Tal vez, y eso me lo imaginé, aunque creo que así ocurrió, antes de morir tuvo un pequeño descanso, un momento, unos minutos en que no sintió los terribles dolores, y que intentó agradecerme o demostrarme con esos gruñidos suaves que morir se era también un descanso.

Como dije antes, mi vida como simio en el centro de la ciudad, en los árboles de una plaza pública, pudo haber seguido su rutina, que no me molestaba, si no hubiera aparecido la señora Dama; ella cambió definitivamente mi vida.

9

Durante la semana bajé de mi árbol en pocas ocasiones, sumido en el desánimo por la desaparición de el Duque, tal vez mi primer amigo verdadero. Por las mañanas algunos de los mendigos me exigían que bajara, me ofrecían sus tarros de café o algún pan duro. Pero yo seguía arriba, absorto en mis pensamientos y mi tristeza. Los mendigos tampoco insistían demasiado, estaban acostumbrados a respetar sus vidas privadas; además, cada uno cargaba con sus propios secretos y sufrimientos.

Una mañana apareció en la plaza una mujer acompañada de un hombre muy serio y delgado. Se pasearon ofreciendo trabajo entre los vagabundos, que a esa hora estaban dedicados a disfrutar la tibieza de los rayos del sol. Tal vez fue curiosidad o simple casualidad lo que me hizo deslizarme hasta el suelo para escuchar mejor. La señora Dama, así la llamaba el hombre que la acompañaba y que hablaba por ella (más tarde me enteré de que aquel hombre era su mayordomo, su chofer y su secretario personal). La Dama era una elegante señora, en una edad madura; era

pequeñita pero enérgica, acostumbrada a dirigir y a dar órdenes. Necesitaba contratar, de entre todos los vagabundos de la plaza, a alguien que se dedicara a la jardinería en su casa. Ofrecía un sueldo, techo y comida. Esta oferta, que en otras circunstancias debió ser apetecida por un desempleado, para aquellos vagabundos significaba casi una ofensa. Todos ellos solo deseaban llevar vidas sin amarres de ningún tipo, dedicados a echarse en las bancas de la plaza a tomar el sol, consiguiendo alimento por medio de la caridad; pocos estaban dispuestos a renunciar a aquella rutina y menos a trabajar, por muy buenas que fueran las condiciones del empleo. Al darse cuenta de que era rechazada, la señora Dama se acercó a mí directamente y me dijo:

—Usted lleva ropa de jardinero, a usted lo quiero trabajando en mi casa.

No estaba acostumbrado a negarme, menos cuando sentía amabilidad y respeto de parte de los demás. Acepté sin saber a qué se refería, casi por no contrariar a aquella elegante señora.

Los demás mendigos me despidieron en silencio, casi como si yo hubiera decidido suicidarme o algo peor. Antes de alejarme de allí, subí por última vez al árbol y rescaté de un hueco del tronco, envuelta en una bolsa de plástico, mi única pertenencia, mi libro. Me alejé de aquella plaza, mi primer hogar como simio libre. Creí que podría regresar, es más, estaba seguro de que lo haría muy pronto. El mayordomo me indicó un automóvil que nos esperaba en la esquina de la plaza. Subí y me dejé llevar. Nunca había estado dentro de un automóvil y debo decir que la experiencia no fue la mejor. Desde entonces he tratado de negarme a subir a una de esas máquinas, prefiero usar mis patas. A las

pocas cuerdas tenía una sensación de encierro y después de algunas vueltas deseaba vomitar. Por la ventana todo pasaba con una rapidez increíble.

Por suerte, después de un momento, llegamos a un barrio completamente distinto, de casas muy bonitas y grandes. Cuando vi por primera vez la casa de la señora Dama, creí que allí vivía un gigante. Por supuesto estaba equivocado, no sabía lo que eran las casas de varios pisos. Estaba rodeada de un jardín muy extenso y en el fondo se levantaban un buen número de árboles. Por delante, una fuente con vegetación adornaba la entrada. Nunca me imaginé que alguien pudiera vivir en un lugar así. Se abrieron los portones de hierro y el automóvil ingresó. Debo decir que en esos momentos me sentía confundido, pero la voz de la señora Dama me dio confianza. Entró a la casa y yo me quedé con el mayordomo. Después de un momento en que ambos nos miramos, él prefirió mostrarse indiferente, me hizo una señal para que lo siguiera. Rodeamos la gran casa hasta el patio, donde existían diferentes dependencias. Llegamos hasta una pequeña cabaña en la que se guardaban las herramientas de jardinería. En el interior existía una cama con un colchón. Me señaló que en ese lugar dormiría. Luego, sin despedirse, como si estuviera molesto, me dejó solo allí. Me senté en la cama, que me pareció demasiado blanda y mullida. Deseé regresar con los vagabundos de la plaza, regresar a mi vida ociosa y despreocupada en el centro de la ciudad. Pero no tuve tiempo, tocaron a la puerta de la cabaña. Entró una sirvienta joven con una bandeja, me miró con la cara horrorizada, arrugando la nariz. Dejó la bandeja sobre la mesa y se retiró espantada por mi aspecto. La bandeja tenía dos platos con comida caliente y unas frutas. Nunca antes había comido tan bien. Sentí mi estómago

dichoso y agradecido, tanto que al final me senté en el suelo de madera a dormir y a descansar por el esfuerzo de comer.

Me despertó el mayordomo, siempre distante y con cara malhumorada; incluso ahora parecía más disgustado que antes. Me entregó un rastrillo y me indicó las hojas secas que se acumulaban en el patio.

Por supuesto, entendí enseguida qué se esperaba de mí. Durante años vi trabajar a los jardineros cerca de mi jaula, en los jardines del parque zoológico, así que lo sabía. También entendí en qué consistía el contrato que habíamos acordado la señora Dama y yo. A cambio de comida y techo, debería cuidar su patio. Me parecía una idea simple y compleja a la vez. Compleja porque significaba cambiar mi vida y adaptarme nuevamente a algo diferente. Pero, como he dicho antes, me acostumbraba con rapidez a todo lo nuevo que se me presentaba.

Sabía que tenía ventajas sobre los demás humanos, aunque aún me consideraba especial y no un ser diferente. Mis ventajas eran mi fuerza, la había probado venciendo a esos jóvenes delincuentes que golpearon fatalmente a el Duque. Trabajé con rapidez recogiendo las hojas secas, diría incluso entusiasmadamente. Desde una ventana vi a la señora Dama y a su mayordomo observándome; creí ver en el rostro de ella señales de satisfacción por mi trabajo, y de envidia de parte del mayordomo.

Mi primer día de trabajo coincidió con el primer día del invierno. Nunca antes me había preocupado de las estaciones del año porque todas me parecían iguales en mi celda del zoológico. Pero ahora era distinto. Cuando llegué esa noche a dormir, estaba agotado. Nunca antes había trabajado. No me disgustaba hacerlo; al contrario, sentía mi cuerpo, aún joven, moverse con energía. Intenté dormirme

encima de ese colchón blando, pero fue imposible, nunca me acostumbraría. Bajé hasta el piso de madera, me estiré un momento y al minuto siguiente estaba durmiendo cómodamente. Por supuesto que soñé con hojas esparcidas, soñé que las recogía, pero que un gran viento las volvía a propagar una y otra vez. También soñé con M. Ese fue un sueño agradable porque ambos podíamos hablar, es decir, yo hablaba, escuchaba mi voz suave, pronunciaba de forma cuidada. M. me miraba y escuchaba atentamente. Entonces me daba cuenta de que no solo le hablaba, sino que le leía un libro. Fue un sueño especial porque nunca más volví a soñar con ella; esa fue la primera y la última ocasión.

Ese invierno fue durísimo, pero, como nunca antes, me sentí protegido en mi cabaña del fondo del patio. A veces, lo reconozco, deseaba treparme a aquellos árboles y seguir mi vida desde allá arriba, pero comprendí rápidamente que para adaptarme a mis nuevas condiciones de existencia requería de mi parte estudiar cuidadosamente lo que los demás aceptaban o acostumbraban. Desde entonces me di cuenta de que una forma de sobrevivir satisfactoriamente era agradar a los demás. Creo que aquella fue la primera gran lección que aprendí, pero que más tarde rechazaría por otras razones que relataré más adelante.

En invierno era muy difícil planificar siembras o podas como parte de mis labores de jardinero. Mi vida comenzó un período de tranquilidad. Cuando no estaba limpiando el patio, me preocupaba de la fuente de agua, limpiando las canalejas o los rincones de las murallas del patio, incluida una glorieta descascarada y descuidada que esperaba pintar en la primavera. Es decir, mis trabajos fueron menores en esos primeros meses. Pasaba gran parte del día en mi cabaña,

echado en el suelo, agradecido de llevar la vida que llevaba y haber dejado mi prisión. Sin embargo, a pesar de mi libertad, algo me inquietaba. Nunca pensé lo que ocurriría luego de salir de aquel zoológico y un sentimiento de inquietud a veces me invadía. Con esto no quiero decir que me quejara por mi nueva condición.

Al mediodía entraba a la cabaña la sirvienta, su nombre era Leonor, me dejaba la bandeja con comida y se retiraba con cara de espanto después de mirarme. Yo rondaba por el patio sin atreverme a entrar a esa gran casa. Sabía que, además del mayordomo, otra mujer atendía la cocina y preparaba esos exquisitos platos. Leonor la llamaba la señora cocinera. A la dueña de la casa todos la llamaban la señora Dama, así que me acostumbré a ese nombre, que a pesar de parecer frío e impersonal, a mí, al contrario, me producía confianza.

Durante el invierno no ocurrió nada importante. Los primeros días de la primavera todo renació mágicamente en el patio y mi trabajo se hizo más arduo. Trataba de recordar lo que había aprendido involuntariamente observando a los jardineros del parque zoológico desde mi jaula, pero no era suficiente. En una bodega especial guardaban químicos, abonos e insecticidas, pero no me atrevía a utilizarlos por miedo a equivocarme. Una tarde me encontraba en la bodega tratando de analizar los carteles de aquellos productos. No podía leerlos y eso me mortificaba. Deseaba hacer bien mi trabajo, pero estaba lleno de limitantes. Sin esperarlo, esa tarde se apoderaron de mí la impotencia y el descontrol, y sin poder resistirlo lancé un rugido simiesco que me asustó incluso a mí. Golpeé uno de esos sacos con fertilizante y rompí una silla coja que se guardaba en el lugar, después caí sentado en un rincón. No me di cuenta cuando Leonor entró a la bodega. Escuché su voz nerviosa, temerosa. Quise disculparme,

quise que no me temiera y que comprendiera que no volvería a ocurrir algo así. Ella se acercó a los productos y comenzó a leerlos para mí, uno por uno, eligiendo y señalándome su uso y pertinencia. Agregó que su padre en el sur trabajaba como jardinero, por eso ella sabía algo de todo aquello. Dividió cada una de las bolsas y las organizó para mí. Después de terminar, salió de allí. Yo quedé mudo, avergonzado por lo ocurrido, pero, otra vez, agradecido de un extraño que me ayudaba. Nunca he comprendido, hasta el día de hoy, en que estoy más viejo y he vivido muchas cosas, qué lleva a los humanos a compartir tan distintos sentimientos: la solidaridad y el odio, y cómo ambas actitudes sobreviven en la misma especie y con la misma insistencia. Pero creo que esa es una interrogante filosófica a la cual soy incapaz de dar respuesta.

El resto de la primavera entonces lo pasé atareado cuidando de la mejor forma mi jardín, el que ya consideraba propio. Estudiaba cuidadosamente el tratamiento que hacía en el suelo y en las flores que comenzaban a crecer. Sentía una necesidad muy grande de agradar, de ser aceptado, por esos días.

Una tarde en que observaba mi libro, mi única propiedad, encima de una gaveta que instalé frente a la mesa en la cabaña, entró de pronto, sin avisar, el mayordomo. Su actitud era la de siempre, lejana y desdeñosa. Me dijo que la señora Dama estaba conforme con mi trabajo, pero había notado que yo no ocupaba mi día libre. Eso no le parecía adecuado, era una dama liberal y respetaba los derechos de sus empleados. Todo aquello me pareció incomprensible, pero fingí que lo entendía. El mayordomo se acercó a la gaveta y leyó el título de la novela que había recibido como mi primer regalo: *El conde de Montecristo*, repitió dos veces. Yo bajé la vista, avergonzado, sin saber por qué. El mayordomo

volvió a la puerta de la cabaña, pero antes se detuvo, regresó hasta quedar muy cerca de mí y me dijo:

—Quisiera agregar que la señora Dama desea que su día de descanso, es decir, los domingos, usted, como todos nosotros los empleados, la acompañe a la iglesia.

Asentí casi como lo haría un resorte tenso, sin siquiera entender lo que me decía. Gruñí mi afirmación, que al mayordomo le pareció una respuesta.

Tenía vagas ideas de a qué se refería con la iglesia de los domingos, y ninguna sobre guardar un día de descanso en la semana. El domingo siguiente entonces me levanté muy temprano. Esperé en un lugar del patio cercano de la casa. La señora Dama subió a su automóvil conducido por el mayordomo. Sentí alivio cuando vi salir a la cocinera y a Leonor. Volver a subir a un automóvil me producía tembladera en el cuerpo. Las seguí a unos pasos. Las dos iban muy bien vestidas, sin el uniforme que acostumbraba verles. Leonor era joven. La cocinera era una mujer gorda y de mejillas muy rosadas. Ambas miraban, cada cierto trecho, hacia atrás para cerciorarse de que las acompañaba; cuando lo hacían, se reían haciendo comentarios que yo no alcanzaba a escuchar. El barrio por donde paseábamos era elegante, sus casas eran grandes, parecidas a la casa de la señora Dama, con amplios jardines y arboledas. Tres cuadras más adelante estábamos en la puerta de una iglesia. Entré muy tímidamente y traté de buscar a las dos empleadas. Las encontré en las bancas al final de la iglesia. Adelante estaba la señora Dama junto con su mayordomo y a su lado otros hombres y mujeres muy bien vestidos. Atrás permanecían los empleados de aquellas personas. Al parecer todos se conocían y se saludaban amistosamente; además, vestían muy cuidadosamente. Yo era la excepción con mi ropa de jardinero, mis zapatillas de basquetbolista y mi

gorro de pita, que nunca me quitaba. Leonor me hizo una señal para que me lo quitara dentro de la iglesia. Lo hice porque me di cuenta enseguida de que aquel lugar implicaba cierta solemnidad. Cuando me lo quité, algunos de los sirvientes se rieron o comentaron a sus compañeros sobre el extraño jardinero que tenía la señora Dama. Sentí sus burlas y sus miradas como hacía tiempo no las sentía, cuando era el blanco de las miradas de muchos. Tampoco me importó, demasiadas cosas habían ocurrido desde mi huida del zoológico y no esperaba sentirme afectado por aquello.

Me concentré y escuché la prédica del sacerdote. Nunca había oído hablar de ese modo. Tal vez el Duque lo hiciera de una forma parecida. Tampoco podía entender todo lo que escuchaba, aunque me esforzara. Mi conclusión, cuando terminó el sermón, me confundió: antes de sentir alivio después de esas palabras, sentí temor. No sé si eso era lo que se suponía que debíamos sentir dentro de una iglesia, pero para mí esa primera experiencia fue extraña. No esperaba perderme el siguiente domingo, deseaba comprender aquello que en boca del sacerdote parecía misterioso, pero también apabullante.

Ese día domingo suponía también que era mi día de descanso, debía ocuparlo como quisiera, pero fuera de la propiedad de la señora Dama, según entendí. La verdad es que no me atreví a alejarme demasiado de la casa; y en eso también influyó lo que había escuchado por la mañana en la iglesia. Las cuadras alrededor eran parecidas, todas ellas de muros altos y repetidos hasta el cansancio. Encontré una plazuela, muy pequeña, con árboles demasiado bajos como para intentar treparme. Allí pasé parte del día. En un momento de la tarde reconocí a Leonor en una calle cercana, caminando por una vereda junto a un hombre joven, ambos se reían y alargaban los pasos mirándose embobados.

El día siguiente, lunes en la mañana, el mayordomo otra vez se acercó a mi cabaña; esta vez cargaba una bolsa de papel. Dijo que me la enviaba la señora Dama y, con desprecio en la cara, la dejó sobre la mesa donde yo comía. Al abrir el paquete encontré un traje elegante con unos zapatos brillantes, un traje de los mismos que había visto llevar a los demás empleados en la iglesia.

El domingo siguiente aparecí en la iglesia vestido con mi nuevo traje. Los demás me observaron. Esta vez no se rieron, al menos hasta el final de la ceremonia, porque cuando salíamos de la iglesia comprobaron que llevaba las mismas zapatillas blancas de básquetbol que siempre usaba. Mis pies nunca se acostumbrarían a otro calzado.

A veces, cuando todos dormían, de madrugada, cuando nadie me veía, me quitaba la ropa, me quitaba incluso esas zapatillas, y sigilosamente caminaba hasta los árboles del patio. Trepaba y jugaba en sus ramas con la alegría llenándome el alma. En ese entonces no sabía por qué lo hacía, pero sí que sentía una enorme satisfacción descolgándome y gritando, dejándome caer y atrapando, en el último momento, las ramas para sostenerme. En una ocasión, acababa de llover, pero se había despejado, subí hasta los árboles y aproveché la luz de la luna llena. Algo en mi interior me unía a esos árboles y a la inmensidad del cielo empalidecido con la luz de la luna. Cuando finalicé mis ejercicios, bajé hasta el césped, entonces me di cuenta de que alguien me vigilaba a la distancia. No podía verlo en la oscuridad de las sombras de la casa, pero cuando se encendió la lumbre de un cigarrillo, me di cuenta de que era el mayordomo. Esa noche dormí muy mal. Creí que se lo diría a la señora Dama, no aceptarían un comportamiento

tan extravagante como el mío y me despedirían de mi empleo. Al otro día no ocurrió nada de eso. Cada vez que me encontraba con el mayordomo, me observaba con una mirada extraña que me dejaba temblando.

En plena primavera vi a la señora Dama pasearse por el jardín que yo había acondicionado. No me atreví a salir de mi cabaña mientras ella caminaba inspeccionando mi trabajo, solo la observé desde la ventana. Revisó todo detalladamente, luego entró a la casa y unos minutos después salió con un gran sombrero y un pequeño libro en las manos. Comenzó otra vez a pasearse por el jardín, pero ahora lentamente, disfrutando del lugar. Pasó cerca de mi cabaña, yo seguía con la mitad de la cabeza sobre la línea de la ventana, donde apenas se veían mis ojos. Cuando me divisó, no me dio tiempo para ocultarme. Entonces sonrió e inclinó la cabeza. Interpreté todo aquel saludo como un asentimiento: había aprobado el jardín. Esto me llenó de orgullo y entusiasmo y volví al trabajo con fuerzas renovadas.

En primavera también ocurrió un hecho especial. Una mañana, cuando me disponía a recortar algunos arbustos, me encontré con mis flores pisoteadas, destrozadas casi por completo. Todo mi trabajo estaba arruinado. Eran pisadas

de zapatos las que se veían en el suelo de tierra. La cocinera, Leonor y el mayordomo llegaron hasta el jardín, donde me encontraba desolado lamentándome en silencio. Alguien había hecho ese destrozo a propósito. La cocinera se compadeció y también Leonor; en cambio, el mayordomo solo les ordenó, nervioso, que siguieran con sus deberes. Miré con odio al mayordomo. Sabía que él sentía envidia por mi trabajo, pero nunca creí que pudiera llegar a hacer algo así. Era la misma crueldad que había visto en gente como Palmínes el Grande o aquellos jóvenes que atacaron al Duque. Respiré profundo y me controlé. Este solo acto de contención me reconfortó. A pesar de lo ocurrido podía controlar mi ira.

Antes de entrar a la casa, el mayordomo se acercó y me dijo con una voz que yo creí llena de sarcasmo:

—Va a tener que empezar todo de nuevo, señor jardinero.

No dije ni hice nada, permanecí sosteniendo las flores muertas entre mis manos; debí quedarme así casi una hora, sin moverme, masticando mi disgusto, pero aprovechándolo también como una fuerza que renovara mi ánimo.

Los siguientes días elegí nuevas plantaciones, esta vez me preocupé de utilizar los abonos correctos, de idear nuevos diseños y de cercar en forma más resistente el lugar. Cuando otra vez comenzó a florecer el jardín, una idea me llenó de inquietud. Creía que el mayordomo destruiría otra vez mi trabajo, casi estaba seguro de que aprovecharía la noche para arruinarlo nuevamente y tener así una excusa con la que denunciarme a la señora Dama para echarme del lugar. En mi mente de simio buscaba ideas que me ayudaran. Cuando todos dormían, y como el calor era agradable, sin que nadie lo notara subía hasta un pequeño cerezo muy cerca del jardín. No era un árbol cómodo para dormir, pero me

conformaba y me permitía vigilar. Con un fino hilo cerraba el área recién sembrada y finalmente lo amarraba a uno de los dedos de mi pie. Así montaba guardia durante toda la noche. Estaba seguro de que el mayordomo volvería a pisotearme mi nuevo jardín o deteriorarlo con algún químico. No sabía lo que haría cuando lo descubriera, intentaba calmarme y tratar de resolver mentalmente el problema. Sin la posibilidad de hablar, tampoco podría razonar con él.

Y así sucedió una noche. Dormitaba encima del cerezo. Debo decir que mis reflexiones existenciales habían cesado, la comodidad del lugar donde me encontraba, mi labor y mi lugar en esa casa, borraron o aligeraron esos pensamientos. Aún pensaba en la venganza por mis años de encierro, pero de un modo distinto a como sentía anteriormente. Alguna vez, incluso, me sorprendí creyendo que definitivamente era un jardinero, que desde siempre lo había sido. Todos mis cuestionamientos se detuvieron en ese tiempo.

Esa noche me despertó un pequeño dolor en el dedo del pie. Enseguida el hilo amarrado quedó flojo, alguien lo había cortado al cruzar el perímetro cercado. Me levanté sobresaltado y enseguida noté que la sangre se calentaba en mi interior. Vi en mi plantación una sombra que se deslizaba. No lo dudé. Me lancé desde la altura. Golpeé el cuerpo, que cayó pesadamente sobre una mesa del jardín, lo que provocó un ruido inesperado. La luz del patio se encendió y apareció Leonor en bata de dormir. Llevaba las manos en la boca y un gesto de sorpresa. Al levantarme lo hizo también el cuerpo adolorido debajo de mí. A la luz comprobé que se trataba del novio de Leonor, al que había visto caminar junto a ella una tarde de domingo frente a la plazuela. Leonor comenzó a llorar, me dijo que lo lamentaba, que su novio había hecho el destrozo la ocasión anterior cuando

la visitó una noche, que no se había dado cuenta y que lo perdonara, pero que, principalmente, la perdonara a ella, porque si la señora Dama o el mayordomo se enteraban de que recibía a su novio en la casa la echarían de allí y debería volver a su pueblo en la provincia. Moví la cabeza fingiendo disgusto. Con un dedo, muy enérgicamente, indiqué al novio y luego el terreno recién sembrado, sin saber si me había entendido.

Lo confirmé al día siguiente cuando Joao, el novio de Leonor, se presentó muy temprano en el patio. Entró por la puerta de servicio y, sin decir nada, se instaló un sombrero de paja en la cabeza, alcanzó unas tijeras para cortar el pasto y me siguió hacia el fondo del patio.

Al mediodía, cuando detuvimos nuestro trabajo para comer algo, el mayordomo pasó a nuestro lado.

—Veo que consiguió ayudante —dijo. Y se retiró con una sonrisa amarga. Lo había creído culpable del destrozo de mi jardín, él lo sabía, y eso me avergonzó.

No me he referido, en esta larga crónica de mi existencia, a la señora Dama, que me ofreció trabajo y un lugar para vivir. Su apellido era muy respetado y a su casa acudía gente importante. Desde mi cabaña veía los comedores iluminados y escuchaba el murmullo de las conversaciones. La familia había aportado, desde hacía varios siglos, notables miembros que sirvieron en puestos académicos y gubernamentales; esto llenaba de orgullo y de un leve desdén a la señora Dama. Acababa de enviudar recién hacía cinco años, el dolor de perder a su marido la había hecho más reservada y retraída, y conservó solamente la costumbre de recibir invitados. Según la cocinera, en aquella casa se decidían asuntos muy importantes para el país.

Cuando definitivamente llegó el verano, por las tardes la señora Dama se recostaba en una tumbona bajo el parrón; además de leer sus libros, escribía en sus cuadernos con lapiceras elegantes, que a mí me llenaban de curiosidad. Mientras ella descansaba, yo me dedicaba a recortar hojas o acomodar flores. Una tarde comenzamos una alegre

conversacion. Bueno, conversación no lo era del todo. Digamos que era un monólogo activamente escuchado de mi parte. Prefería admirar su voz, una voz que no se podía comparar a la de M., pero tenía algo especial, tal vez mayor profundidad y serenidad, la que le daban sus años maduros y un cansancio que en ella reflejaba sabiduría. Si alguna vez lograba hablar, pensaba, me hubiera gustado tener aquella voz. Esa tarde dirigió la conversación muy lentamente, hasta que desembocó en el tema de su marido. Se habían conocido, ella muy joven, un verano como ese, pero en la playa. Ambos provenían de familia con fortuna y prestigio, pero él era un hombre rebelde que no deseaba llevar la misma vida de su familia. Decidieron entonces separarse porque ella prefería una existencia más tranquila y conservadora. El entonces novio —su nombre era Armando— lo dejó todo y se marchó. Viajó durante unos meses hasta llegar a una hacienda en las tierras australes, allí conoció a un escocés que lo contrató como ovejero. Armando creyó que el resto de su existencia sería arrear ovejas. La idea le entusiasmaba y se sintió feliz esos primeros años. Convivía con los ovejeros, comía y dormía con ellos y por períodos largos vagaba por la estepa. Pensaba en la señora Dama y le escribía extensas cartas de amor, pero también de despedida porque no estaba entre sus planes regresar. Tampoco la señora Dama estaba dispuesta a buscarlo. Ella se educó de una forma diferente, le gustaba la ciudad y viajar a capitales europeas. Armando había renunciado a sus bienes, a su familia y a su cómoda vida, esto lo hacía un hombre feliz. De todas maneras, esa decisión le resultó valiente y llenó de orgullo a la señora Dama. Entonces las cartas de Armando dejaron de llegar. La señora Dama preguntó a los conocidos y familiares,

pero nadie sabía de él y lo creyeron perdido en la Patagonia. Su familia decidió entonces enviar a un primo hasta Puerto Edén y averiguar su paradero. El primo encontró las huellas de Armando, pero nadie supo decir con certeza qué había ocurrido con él. Recorrió la región, hasta que encontró arrieros que pudieron darle pistas más concretas. En una de las veraneadas de los ovejeros en el límite con Argentina, habían sido asaltados por una banda que lo secuestró y, muy probablemente, después de robarles las ovejas, los habían matado y abandonado en la estepa patagónica. El primo, después de escuchar esto, regresó corriendo a la capital y enteró a la familia y a la señora Dama de la muerte final de Armando. En esa época, ella tenía varios pretendientes que le exigían una decisión; si no lo hacía, lo hacía porque el recuerdo de Armando le resultaba fuerte. Cuando recibió la noticia quedó desolada, pero también impresionada de sus sentimientos. Algo en su interior le decía que él estaba vivo. El sentimiento resultó tan fuerte que, sin decirle a nadie, se embarcó en un viejo barco de ovejeros que navegaba hasta Buenos Aires atravesando el Cabo de Hornos.

En las tierras australes realizó el mismo recorrido del primo, preguntando y averiguando sobre Armando. En Puerto Edén encontró a la venta, en una pulpería de abastos, un cuaderno de cuero que enseguida reconoció: era el mismo que ella le había regalado a su novio antes de partir. El tendero le confesó que se lo había comprado a un ovejero conocido como Yugo. Durante una semana buscó al hombre. La señora Dama debió cambiar su aspecto: sus pantalones de montar y ropa de ovejero para viajar por la región. A Yugo lo encontró finalmente en un bar de un pueblo de ovejeros. Esperó pacientemente y al atardecer,

cuando Yugo abandonó el bar, lo siguió. La señora Dama había aprendido a montar cuando era joven y estaba preparada para seguirlo. A lo que no estaba acostumbrada era a cargar un arma. Llevaba una vieja pistola que pensaba usar solo para intimidar o defenderse, no estaba dispuesta a nada más. Cuando Yugo abandonó el bar y el pueblo, ella montó su caballo y lo siguió. Ambos se hundieron en la bruma de la estepa. Cabalgaron más de una hora, hasta que oscureció. Yugo se acercó a una hacienda. La señora Dama lo vigilaba a la distancia. La hacienda estaba abandonada y en ruinas, con los establos quemados. Una de las casas, que conservaba intacto su techo, estaba iluminada. A Yugo lo esperaban allí otros tres hombres. Se acercó a ellos y comenzaron a comer. La señora Dama no sabía qué hacer a continuación. Si eran los asaltantes de su novio, solo ellos sabrían el paradero final de Armando. Pero tampoco tuvo tiempo porque entre los pedruscos y coirones apareció un hombre armado que le apuntó con un arma. Ella casi se desmayó de la impresión y pensó que todo era un sueño; era una respetada dama de la capital, que se paseaba por los salones elegantes y conversaba con presidentes y generales, no le correspondía estar en ese lugar esa noche. El hombre le ordenó seguirlo. La condujo a la casa, donde los demás la recibieron con sorpresa y luego con burlas. La señora Dama sabía que estaba en peligro. Los hombres parecían enloquecidos por el alcohol alrededor de una fogata en los restos de la hacienda. Solo uno de los cuatreros no participaba de las burlas y festejos, era un hombre muy joven y delgado que se mantenía aparte. Ella les exigió que le confesaran qué había sido de Armando, su novio, les hizo ver el cuaderno con tapas de cuero que llevaba como prueba de quién hablaba. Los

hombres dejaron de reír. Uno de ellos recordó a Armando como el joven que leía. Armando era un gran lector de novelas y, a pesar de su nueva vida en la Patagonia, había llevado un gran cargamento de libros. El hombre que parecía el jefe le respondió que debía olvidarlo porque lo habían arrojado a un río. La señora Dama entonces se derrumbó, comprendió que su viaje y su búsqueda estaban perdidos. Entre los bandoleros comenzaron a discutir qué hacían con ella; para unos sabía demasiado para dejarla ir. El jefe del grupo, quien tomaba las decisiones, amartilló su revólver y dijo que él solucionaría el asunto. La discusión se detuvo y nadie reclamó. El jefe arrastró a la señora Dama fuera de la hacienda abandonada. Subieron una pequeña loma de la tundra y se perdieron en una hondonada, alejándose del campamento. La señora Dama le pidió que la dejara ir, que le pagaría si no la asesinaba, pero el bandido seguía adentrándose en la oscuridad sin abrir la boca. La noche tenía una luna llena austral que mostraba iluminada los turbales del paisaje. Se detuvieron y el hombre la obligó a arrodillarse. La señora Dama no quiso mirar lo que ocurría, comenzó a rezar y a pensar en Armando. Entonces escuchó el retumbar de un disparo. Luego silencio. Creyó que estaba muerta, que el silencio no era otra cosa más que el silencio del lugar donde van a habitar los muertos. Pero conseguida el cuerpo pesado del bandido cayó a su lado con una bala en el pecho. Al frente estaba el joven ladrón, aún con el revólver en la mano. Le indicó que lo siguiera. La señora Dama nunca había visto un muerto y quedó impresionada. Sin decir una palabra siguió al joven hasta los dos caballos que los esperaban ensillados. Cabalgaron el resto de la noche, hasta que amaneció. El frío era intenso y el paisaje desolado. Cuando atravesaron un río, el joven se

detuvo. Miró hacia atrás, como si reconociera todo lo que habían recorrido hasta entonces, y dijo:

—Hemos atravesado hasta la Argentina, aquí estaremos a salvo.

La señora Dama cabalgó agotada por el viaje y las emociones. Le preguntó el nombre a su salvador, por qué la había ayudado y adónde se dirigían. El joven respondió:

—Mi nombre es Magallanes. Lo hice porque estaba cansado de esa vida y la llevo donde el hombre que usted busca.

13

En ese momento del relato nos interrumpió el mayordomo con una bandeja en la que cargaba el té de media tarde. Ella esperó a que el mayordomo se retirara antes de seguir. El mayordomo me clavó una mirada asesina y luego se marchó; a mí no me importó. Me sentía nervioso pero halagado porque ella se atreviera a contarme su historia y la de su marido. Por el tono de su voz y la emoción que demostraba al relatarla era tal vez la historia más importante de su vida. La tarde seguía calurosa, pero bajo el parrón todo era agradable y soportable. Yo permanecía con mi sombrero de paja entre las manos, sentado en el borde de la banca donde me había ordenado que permaneciera. En el fondo del patio trabajaba Joao alegremente, cantando sus canciones mientras recortaba el pasto y las ramillas. Ella probó por unos segundos su taza de té y estuvo lista para seguir.

Luego de cruzar la frontera con Magallanes, ambos montados en caballos muy cansados, decidieron detenerse en un pueblo fronterizo. Comieron y pagaron para camalar los caballos. Magallanes hablaba poco, no tenía más de

dieciséis años de edad y parecía retraído. Finalmente, eligieron una hospedería y pasaron allí la noche. Al día siguiente continuaron la marcha, hasta que finalmente llegaron a la ciudad de Río Gallego. La señora Dama entonces le pidió que arrojara sus armas antes de seguir. Magallanes obedeció y las arrojó en el camino. En la ciudad contrataron a un hombre que los condujo en un camión hasta el hospital donde Magallanes indicó que debían dirigirse. Buscaron en medio de las salas del hospital, hasta que encontraron a Armando en una de esas camas. Había ingresado sin nombre al lugar después de encontrarlo casi ahogado en un río. Se recuperaba lentamente, necesitaba de cuidados especiales y mucho reposo. Para Armando la sorpresa fue grande. Luego de una semana en que conversó y se reencontró con la señora Dama, decidieron regresar juntos. Para Armando acababa una parte importante de su vida, había intentado ser alguien distinto, pero sabía que ahora debía regresar. En un pequeño avión se trasladaron, junto a Magallanes, hasta la ciudad más austral del mundo, Punta Arenas. Allí pagaron un barco de pasajeros que los llevaría al norte, hasta Valparaíso. Durante todo ese tiempo, Magallanes los acompañó para protegerlos. Quisieron denunciar a los bandidos de la estepa, pero sabían que eso perjudicaría al propio Magallanes. Pocos días antes del regreso, Magallanes se fue a despedir al hotel donde esperaban el barco. Regresaría a su tierra en la Patagonia. Enseguida la señora Dama se dio cuenta de que no lo podía permitir; si Magallanes regresaba, no solo correría peligro su vida, sino que volvería a caer en ese mundo violento. Le propuso viajar con ellos a la capital, donde le conseguiría un trabajo. Magallanes era un hombre muy joven, con escasa educación, acostumbrado a montar a caballo y a vivir en la estepa abierta de Tierra del

Fuego, hablaba poco y pasaba largas horas perdido en sus propios pensamientos. Pero, finalmente, aceptó. La señora Dama recorrió las tiendas de Punta Arenas y le eligió un traje de ciudad. Los tres subieron al barco y navegaron por el estrecho del mismo nombre: Magallanes.

Cuando llegaron a Santiago debieron esperar algunos meses para casarse. Después de instalarse, buscaron al joven patagón y le ofrecieron trabajo en la casa que acababan de comprar, la gran casa con jardín extenso, árboles y una fuente en la entrada. Magallanes aceptó. Armando entonces contrató un profesor particular que llegaba todas las tardes a hacerle clases al nuevo mayordomo de la casa. Así Magallanes aprendió a leer y a escribir.

A Armando el regreso lo dividió interiormente, por un lado amaba a su mujer, pero aborrecía la vida social y el trabajo de administrador que su padre le heredó. Entonces sucedieron dos hechos importantes en su vida, y en la vida de la señora Dama, que corrigieron esas dudas y temores. El primero de ellos fue el nacimiento del primer hijo, que llamaron, como su padre, Armando. El segundo fue más inexplicable: Armando descubrió el gran sótano de la casa cubierto de trastos y polvo. Hizo ir a carpinteros y lo refuncionó, levantó firmes anaqueles adosados a la pared, lo cubrió con alfombras e instaló calefacción y mucha luz. Además, hizo llevar sillones muy cómodos y un escritorio. Llenó el lugar de libros y se decidió a escribir, a llenar manuscritos por el placer de escribirlos. Allí pasaba gran parte de su tiempo. A la señora Dama no le importó; al contrario, ella misma lo incentivó con regalos de ediciones antiguas, copias y libros de fotografías. Durante los siguientes treinta años la vida para ambos fue agradable y llevadera. La señora Dama seguía con su intensa vida social. A Armando le era

permitido ausentarse de esas cenas importantes o fiestas con ministros o políticos. Trabajaba pacientemente toda la mañana en el negocio de su padre, luego se preocupaba de su hijo y, finalmente, se encerraba en el sótano, en su propio mundo, uno que a pesar del encierro y la estrechez le recordaba a la Patagonia, un mundo que lo hacía viajar y recorrer extensos territorios sin moverse.

Solo tuvieron un hijo, pero fue suficiente para la señora Dama. La casa conservó sus tradiciones, de eso se preocupaba Magallanes, el antiguo cuatrero y bandido convertido en un fiel y eficiente mayordomo. Siguió siendo un hombre reservado y trabajador. Ante los demás empleados de la casa siempre recalca que todo se lo debía a la señora Dama, que su vida había cambiado después de conocerla a ella y al señor.

Más tarde, cuando pasaron los años, el hijo del matrimonio abandonó la casa. Ingresó a estudiar en una prestigiosa universidad y luego realizó estudios en el extranjero. Cuando regresó lo hizo con una novia con la que a los pocos meses se casó. La fiesta de matrimonio fue en aquella casa.

Los siguientes años siguieron un ritmo pausado para el matrimonio y su servidumbre. Al final de un invierno, Armando visitó a su médico por una dolencia persistente en los oídos. Descubrieron entonces que padecía una complicada enfermedad que debía ser tratada en el extranjero. Pero Armando no deseaba abandonar la casa, prefería su lugar allí, su territorio propio en el sótano. Tampoco el éxito de la operación en el extranjero estaba asegurado, así que prefirió quedarse. La señora Dama no lo dejó solo ni un momento. Cesaron las reuniones sociales y todo giró en torno al enfermo. Pero en pocos meses la situación empeoró. Armando murió una mañana junto a la señora Dama. Ambos sabían que sus vidas habían sido plenas y se

agradecieron mutuamente haberlas compartido.

Cinco años después el jardinero de la casa renunció a su trabajo por considerar un exceso ocuparse de los extensos patios. Así llegó yo a la casa.

Así también terminó su relato la señora Dama. Su té se había enfriado. Yo apenas me moví del sitio donde me había dejado. Ninguno de los dos dijo nada, o, mejor dicho, quise decir algo, quise expresarle mis sentimientos, pero ni siquiera alcancé a entregarle ese gruñido suave, casi terciopelado, al que estaba acostumbrado en momentos como esos, porque ella me detuvo levantando suavemente los dedos y dijo:

—Lo sé, lo sé, no te preocupes.

Ambos nos entendimos, sin palabras, no las necesitamos; comprendimos aquel sentimiento, parecido al afecto, que se experimenta cuando se apoya al que se tiene enfrente.

Desde que supe el verdadero nombre del mayordomo, desde que me enteré de cómo llegó a esa casa, lo comencé a considerar de otro modo. Entonces no me parecieron hoscas sus miradas o malintencionadas sus órdenes. Por supuesto, nadie en la casa se atrevía a llamarlo por su nombre, Magallanes, excepto la señora Dama.

El mayordomo siguió siendo un hombre frío, incapaz de sonreír. Leonor y la cocinera se reían de él a su espalda y, a veces, me descubría también dando saltos de alegría cuando escuchaba una broma a costa del mayordomo, pero desde que me enteré de su historia, al menos, intenté comprenderlo.

Cuando cumplí tres años en la casa de la señora Dama, recordé como casi inimaginables aquellos días de encierro en un parque zoológico. A veces, solo a veces, volvía a preguntarme quién era, por qué no podía comunicarme con los demás. Alguna vez la señora Dama me amenazó con un médico que me tratara, pero yo sospechaba que mis diferencias tal vez eran más importantes y no quería comprobarlas; simplemente me conformaba con mi sitio

en esa casa, con mi trabajo y mi existencia. No esperaba nada más, mis aspiraciones eran menores, muy distintas a mis ansias y ambiciones de cuando era un simio joven y prisionero. Mi vida cómoda me había acostumbrado y resignado.

Los días domingo seguía acudiendo a la iglesia del barrio, pero no me sentía bien en aquel lugar. Vestía mi único traje elegante, que me sofocaba, y calzaba mis zapatillas, que durante esos años se habían deteriorado visiblemente. Cada vez que salía de la iglesia, mi cerebro se cuestionaba por lo que escuchaba allí. Sentía que las palabras del sacerdote me provocaban miedo y temor. Durante años debí luchar contra esos mismos miedos en mi jaula; por lo tanto, me resultaba incomprensible que me obligaran a volver a sentir lo mismo todos los domingos en la mañana.

Uno de esos domingos, después de la iglesia, me fui a mis recorridos habituales, que no sobrepasaban las cinco cuadras alrededor de la casa. La mayoría de las veces terminaba en la plazuela cercana, donde dormía una siesta. Ese domingo Joao, el novio de Leonor, me detuvo en la calle cuando me vio cabeceando de sueño. Me dijo que sabía de mis paseos aburridos y que deseaba agradecerme el trabajo que le había conseguido en la casa, así que me invitaba a acompañarlo. Otra vez, como siempre me ocurría, no pude rechazar nada de lo que me proponían.

Joao era un joven alegre y entusiasta. Ese domingo Leonor permanecería en la casa cuidando un persistente resfrío de la señora Dama. Entonces, tal como me temí, nos subimos a un autobús. No pude explicarle que aquellas máquinas, cualquier automóvil, me enfermaban; él, al contrario, pareció entretenido de verme aterrado en mi asiento. El autobús aceleraba y doblaba impredeciblemente. Cuando por fin llegamos, yo estaba mareado y enfermo.

En la bajada del autobús, el paisaje de las calles me pareció conocido en ese sector de la ciudad, pero sin precisarlo enseguida. Joao me condujo hacia el interior de un edificio. A esas alturas prefería aceptar lo que ocurriera sin protestar; además, seguía enfermo y mareado. Ingresamos a una gran sala y nos sentamos en cómodos sillones. Un momento después apagaron la luz y quedamos en una oscuridad completa que me puso nervioso, todo mi cuerpo se paralizó de miedo. Joao me calmó. Al frente se encendió una pantalla y comenzó una película. No puedo describir la sorpresa que sentí al encontrarme en ese extraño lugar. Al principio sentí la tentación de reírme a carcajadas por lo ridículas que me parecían esas imágenes en movimiento, pero luego la trama de la película me convenció, entré en ella como si lo hiciera en un sueño proyectado para mí, luminoso y colorido. Creo que no despegué mis ojos de esa pantalla, y cuando acabó y encendieron otra vez las luces, deseé quedarme para volver a verlo todo otra vez. Sentí mi cerebro cargado con imágenes que volvían y se repetían velozmente. Más tarde esa noche, imaginé íntegramente toda la película otra vez y no pude dormirme.

Cuando salimos del cine, Joao no dejaba de hablar, comentando detalles, aunque los que indicaba a mí me parecían los menos interesantes. Asentía con mis conocidos gruñidos de aprobación o rechazo. Llegamos caminando hasta una esquina transitada. Desde ese punto observé la siguiente cuadro y lo comprendí todo: estábamos en el centro de la ciudad. Conocía muy bien ese sector porque había vivido meses allí, los primeros después de mi libertad. Fue un impacto recordar aquellos callejones y, sin poder controlarme, corrí dando saltos simioscos que

debieron avergonzar a Joao. Estaba otra vez en ese lugar. A pesar de los años, todo parecía más o menos igual; tal vez más deteriorado y sucio, pero reconocible. Sin preocuparme de Joao, corrí sosteniéndome con mis dos brazos en el suelo como no lo hacía desde hacía tiempo. Joao me siguió sin entender qué ocurría conmigo, creyéndome trastornado de pronto. La siguiente cuadra desembocaba en la plaza. Allí estaban la catedral, los edificios antiguos y mis árboles, mi primer hogar como simio libre. Por supuesto, recorrí la esquina al lado de la estatua del alcalde Mansur, pero no encontré a ninguno de los vagabundos, mis antiguos compañeros. Las bancas en las que tomábamos el sol, no estaban en el lugar. Al contrario, habían limpiado y cubierto con baldosas esa esquina. Pero seguía siendo la plaza que conocí, el primer lugar que pude reconocer como mío. Sin poder evitarlo, me quité las zapatillas y trepé uno de esos árboles, me descolgué por el siguiente y luego por el siguiente. Algunos peatones de domingo se detuvieron a mirarme con expresiones de aburrimiento más que de sorpresa. Joao no podía creer lo que veía, impresionado por mi comportamiento. Reconozco que se trató de un acto impulsivo y algo absurdo, pero, como dije antes, no pude evitarlo. Al final, bajé después de recorrer varios árboles. Joao corrió hasta donde me encontraba cargando con mis zapatillas de basquetbolista, me atrapó de un brazo y me obligó a seguirlo bajando la calle. Dos policías nos seguían, pero renunciaron a la persecución cuando nos perdimos en la siguiente cuadra. Nos detuvimos más allá, ambos cansados, resoplando.

Cuando nos disponíamos a regresar a nuestro barrio en lo alto de la ciudad, Joao se detuvo en un lugar y me obligó a entrar. En aquel sitio tomaban fotografías. Esperamos un

momento hasta que nos hicieron entrar. Nos sentamos en una banca, detrás se levantaba un telón blanco. Un hombre, que luego me enteraría era un fotógrafo, preparó su cámara. Joao se reía incitándome también a reír con él, pero yo todavía no entendía qué propósito tenía estar sentados frente a una cámara. Finalmente sentí el relampagueo del *flash*. Aturdido, huí del lugar creyendo haber sido golpeado y enceguecido. El fotógrafo se quejó por deteriorarle la sala. Joao se reía a carcajadas pidiendo perdón por mi comportamiento, asegurando que yo era un extranjero que desconocía las costumbres locales. Esperamos hasta que la fotografía estuvo revelada. Joao guardó una copia y yo me quedé con otra. Cuando la vi, me llenó de curiosidad. Allí estábamos Joao sonriendo y yo distraído. Durante días enteros estudié esa fotografía intentando descifrarla. Era mi rostro, lo conocía, lo había visto en espejos o en los baldes de agua que acercaban a mi jaula. Estaba acostumbrado a verlo, pero ahora era diferente e inquietante. Al compararlo con Joao, surgían abiertamente las diferencias: el mío peludo y apretado en mis hombros, mi cabeza pequeña y fiera. Otra vez me rondó la idea de esas diferencias, las mismas que me enrostró casi como una maldición Palmines el Grande la última vez que lo vi, cuando riendo me dijo que jamás sería como ellos, que todos mis esfuerzos serían inútiles.

Debió ocurrir en el comienzo del quinto verano desde mi llegada a la casa de la señora Dama. Un día noté inquietud en el interior de la casa. A media mañana escuché ruidos de juegos, gritos, risas, golpes de tambores, todo me pareció muy extraño e inusual. De pronto se abrió la puerta y salió al patio un niño de no más de siete años. Corrió desesperado por el jardín, gritando de alegría, como si se encontrara en un territorio inexplorado. Durante una hora entera pareció no detenerse, intentando subir a los árboles, destruyéndome unas delicadas flores o arrastrándose por la tierra. Por supuesto, yo estaba molesto. Durante todo el año mantuve de la mejor forma ese jardín esperando los plácidos paseos de la señora Dama, de pronto llegaba ese pequeño a disponer del lugar en forma irresponsable. No tardé en enterarme de que se trataba del nieto de la dueña de la casa, que la visitaba por algunas semanas durante el verano. Durante el año Estebito vivía con su padre, el único hijo de la señora Dama, en una ciudad cercana, pero ahora tenía la edad suficiente para viajar hasta donde su abuela en la vieja casa

de la ciudad. El primer día permanecí enfurruñado detrás de mi horquilla, alejado lo más posible de ese tornado que parecía ser Estebito. Por la tarde, Joao me ayudó a llenar los sacos con las hojas secas acumuladas durante dos meses. Aprovechó entonces para pedirme unos minutos, deseaba hablar conmigo. Entramos en mi cabaña, siempre ordenada y simple; nadie sabía que yo mantenía algunos hábitos de mi antigua vida de prisionero, como el dormir en el suelo de madera, por lo tanto la cama siempre estaba estirada. En el invierno me arropaba con una frazada, pero seguía prefiriendo dormir en el piso. Nos sentamos en dos sillas. Yo me rasqué la cabeza porque no estaba acostumbrado a recibir visitas ni a hablar de esa forma con nadie. Joao me explicó que deseaba casarse con Leonor, ella estaba de acuerdo y quería decírmelo a mí antes que a nadie en la casa. Soy un simio poco expresivo, lo atribuyo a mis años de encierro o a la desconfianza natural que siento, me atreví entonces a dejar mi largo brazo en el hombro de Joao y a lanzar algunos grititos de alegría, que él interpretó de satisfacción y entusiasmo. Entonces escuchamos otra risa a través de la puerta abierta de la cabaña. Allí estaba Estebito con sus pantalones cortos y la cara empolvada, riendo de verme dar esos gritos de simio que le causaban gracia. Ambos nos observamos, creo que en ese momento dejé todos los resquemores y también le sonreí.

Cuando volvimos a trabajar con Joao en el jardín, nos dimos cuenta de que Estebito nos había volcado los sacos con la basura de hojas secas, pero no nos importó.

Luego, en la mitad de la tarde, el nieto de la señora Dama pareció cansarse o al menos aquietarse un momento observando insectos en el jardín o realizando juegos imaginarios con objetos que encontraba y que solo

él comprendía. Aproveché la ocasión. Me cercioré antes de que los empleados durmieran la siesta. Desamarré mis zapatillas y le dejé ver mis grandes dedos peludos. Él volvió a mirarme con incredulidad. Dejé mi sombrero de paja en el suelo y muy rápido me trepé al árbol más cercano. Crucé ramas, hice volteretas y realicé otro tipo de acrobacias. Aunque mi juventud comenzaba a alejarse, todavía sentía fuerza y podía ser ágil sobre las ramas de los árboles. Estebito quedó maravillado y, cuando llegué otra vez al suelo, aplaudió con delirio mi actuación. Luego volví a instalarme el sombrero, mis zapatillas y seguí trabajando.

Al día siguiente, Estebito se acercó a mi cabaña. Dijo que quería jugar, que la abuela le había permitido molestarte. A pesar del trabajo que tenía por delante ese día, consideré que unos minutos no cambiarían mi rutina.

Dejamos de jugar cuando llamaron al almuerzo. La verdad, debo reconocerlo, es que me gustaba distraerme de ese modo con los niños; a pesar de mi constante melancolía, los juegos me llenaban de ánimo. Con los niños lograba comunicarme de una forma expedita, sin dificultades de ningún tipo, solo con ellos sentía que no era necesaria la facultad de hablar. Bastaban mínimos gestos y sin razón nos sorprendíamos riendo sin saber por qué.

Fue un buen verano, el más agitado desde mi llegada a ese lugar. Pero también fue importante porque Leonor y Joao se casaron. Ocurrió como estaba previsto, y trajo algunas consecuencias para mí.

Un sábado acompañamos a los novios hasta la casa de Joao. Acudimos todos, incluyendo Estebito, que aún no concluía su visita del verano. Joao me explicó que vivía a pocas cuadras, en los límites del barrio. Aproveché entonces para caminar hasta la casa de Joao junto con la cocinera. La

cocinera era una mujer gorda y risueña, dijo que prefería caminar antes que quedar atrapada por su gordura en los asientos de un automóvil.

La casa de Joao era pequeña, pero tenía un gran patio donde su padre había instalado un acopio de fierros que vendía. En el fondo del patio se levantaba un cerro de metal oxidado que parecía un gran monumento desordenado y deforme. En el mismo patio instalaron las mesas y adornaron con guirnaldas y globos. La ceremonia fue sencilla, pero de todas maneras nos emocionó, incluso al mayordomo Magallanes. Luego vinieron los discursos: el padre de Joao declamó el suyo y terminó llorando; luego la señora Dama, a la que todos los invitados escucharon con respeto. Habló pausadamente, con voz firme y palabras exactas. Al final recibió un aplauso general. Entonces, los novios partieron la torta y casi enseguida comenzaron la música y el baile. La señora Dama y el mayordomo aprovecharon para retirarse en ese momento. Yo permanecí en un rincón. Tampoco nadie se interesó en mí. El resto de los invitados eran amigos de Joao y unos pocos de Leonor, que habían viajado desde el sur hasta la fiesta. A cada rato Joao se acercaba a mí y levantaba la copa para que brindara con él. Yo llevaba mi traje dominguero y mis zapatillas, y observaba complacido cómo proseguía la fiesta, cómo los hombres más jóvenes bailaban sin cansarse y cómo mis pensamientos intentaban comprender aquellas costumbres. Pensé que se necesitaba muy poco para ser feliz, para compartir, agradar y ser agradado. Pero de pronto todo se borró de mi vista: la música, la risa, todo se convirtió en una imagen lejana y borrosa.

Cuando desperté por la mañana, los novios se habían marchado, algunos invitados seguían resistiendo y otros

definitivamente dormían la borrachera tal como yo. Uno de ellos dormía sobre mi hombro y otro con uno de mis pies de cabecera.

Era temprano; el sol en verano comenzaba a calentar a esa hora. Cuando salí a la calle, comprobé mi impresión al llegar a ese barrio: estábamos a pocas cuadras de la casa de la señora Dama, pero parecía un lugar distinto. A lo lejos veía las casas grandes de cemento, rodeadas de árboles en sus jardines, cercadas de altos muros. El lugar donde me encontraba era distinto. Las casas eran bajas, frágiles, algunas tapadas solo con cartones. No existían jardines con flores, sino patios de tierra reseca y trastos viejos. Unas al lado de otras se acomodaban y sostenían. Caminé por aquel lugar como si descubriera algo, un nuevo mundo, tan cercano a las casas elegantes unas cuadras más allá, donde vivíamos, pero muy diferente. Era difícil de entender, y ahora que tengo más conocimientos y experiencias tampoco lo entiendo.

Caminé hasta la casa con una sensación desagradable, que solo olvidé cuando, intentando dormir y descansar de la agitada noche anterior, escuché un ruido en mi puerta y la voz de Estebito con toda su energía, dispuesto a comenzar un nuevo día.

¿Cuántos veranos pasaron hasta que mi vida cambió definitivamente? Tal vez uno o dos desde que llegó por primera vez Estebito a la casa. Durante el año llevábamos una vida pacible, pero su tranquilidad también me inquietaba. Después de conocer las poblaciones pobres cercanas al barrio, entendí que todavía existían muchos lugares que desconocía. Sentía curiosidad e inquietud y, sin que me diera cuenta, otra vez volvieron aquellas angustiantes preguntas a mi mente: ¿quién era realmente? ¿Por qué cuando conocía a alguien veía expresiones de sorpresa y hasta de disgusto en sus caras?

Durante el año Leonor y Joao abandonaron la casa como se esperaba. Encontraron, por intermedio de la señora Dama, un trabajo cuidando un hotelito en el sur del país. La vida allí, al parecer, era más tranquila, sobre todo para criar a los hijos que esperaban tener. Todos los meses recibía una postal con una bella fotografía de paisajes naturales y algunas letras de parte de Joao; no era necesario que intentara descifrar aquellos mensajes, el solo envío me hacía suponer que sus vidas eran plenas, lo que me alegraba por ellos dos.

Para reemplazar a Leonor contrataron a otra sirvienta. El mayordomo dedicó un día entero a entrevistar candidatas para ocupar el cargo. Finalmente se quedó con Brigiet, una mujer de edad indeterminada y que parecía exactamente lo opuesto a Leonor, quien era risueña y divertida. Desde el primer día Brigiet hizo ver las diferencias que tendría conmigo, el jardinero de la casa. Me llevó mi plato de comida, lo dejó con desgano y hasta molestia sobre la mesa en mi cabaña. Desde el principio nuestro trato fue formal y desinteresado. Concluí que yo tampoco haría nada para agradaarla. Sentía que mi propósito de agradar comenzaba a quedar atrás. Me transformé en un simio solitario. A todo ello ayudó un largo viaje que emprendió la señora Dama; deseaba recorrer los mismos lugares que alguna vez, en algunas lejanas vacaciones, visitó con Armando, su marido, por Europa. Esos días, sin ella en la casa, fueron de tristeza y algo de desorganización. El humor del mayordomo o de Brigiet era frío y nada amistoso. Solamente me reía con la cocinera. Me relataba su vida en un pueblo pequeño en el sur del país, donde todos sus habitantes eran gordos. La culpa no era de ellos, sino de un gran temporal. Hacía muchos años, el pueblo donde nació y vivió, muy cerca de la cordillera, quedó aislado por un incesante temporal que se prolongó durante meses. Las autoridades, preocupadas, decidieron enviar ayuda. Hicieron aterrizar un viejo avión o un helicóptero que les llevó una exagerada provisión de sacos de trigo. Posteriormente el temporal cortó los caminos y deshizo la pista de aterrizaje, y el aislamiento del pueblo empeoró. Durante seis meses la población se alimentó exclusivamente de aquellos sacos de trigo. Por supuesto, molieron el trigo y elaboraron grandes panes en hornos de barro. Durante seis meses todo el pueblo

comió solo pan; fue el único e insustituible alimento. Entonces, según la cocinera, que siempre se reía en esa parte de su relato, el pueblo entero engordó. Luego los hijos de aquellos padres gordos, entre los cuales se encontraba ella misma, también nacieron obesos y con un color rosado en las mejillas. Ella intentó adelgazar cuando llegó a la ciudad, pero luego de convertirse en cocinera el olor de los mismos ricos platos que preparaba era suficiente para subirla de peso, según ella.

Mientras la señora Dama se encontraba de viaje, las noches eran diferentes para mí y no podía dormir. Debía de ser invierno, una noche me vestí y salí hasta el patio. Cuando me encontraba solo, lo he dicho antes, dejaba de imitar a los hombres, me transformaba, sin saberlo, otra vez en un simio que caminaba sosteniéndose por manos y pies, movía de otra forma mi cuerpo, me rascaba la cabeza y me golpeaba el pecho. Debo decir que esos momentos me calmaban mágicamente. Aquella noche, como era tarde, de madrugada, me extrañó ver luz en la sala que ocupaba exclusivamente la señora Dama; por un momento pensé que ella había regresado de sus largas vacaciones o que nos asaltaban ladrones. Me acerqué a la ventana. A través de ella vi a Magallanes, el mayordomo, sentado en el sillón de la señora Dama, bebía de una botella y su mirada era lejana y extraviada. Nunca lo había visto de esa forma, pero antes de reprobarle su actitud, sentí tristeza por él. De alguna forma él también era un simio arrancado de su medio, con una vida de silencio, muy parecida a la mía. Detrás de esa parquedad ceremoniosa, existía una persona como yo, eso pensé al verlo.

En primavera regresó por fin la señora Dama. Me pareció más anciana, pero también más repuesta de sus achaques, con más ánimo. Nos citó a todos sus empleados

en la sala y nos hizo entrega de los regalos que había recogido en su viaje. El mayordomo recibió un hermoso llavero y unos lentes, que desde ese día nunca se quitó. La cocinera un vestido ancho que la hizo llorar de emoción. Brigiet un peine y pinturas para la cara, que nunca usó. Mi regalo lo abrí emocionado. Dentro de una caja de cartón encontré un par de nuevas zapatillas blancas, estilo basquetbolista, pero completamente nuevas. No podía creerlo y traté de contenerme para no aullar de alegría simiesca frente a todos. Durante semanas las zapatillas permanecieron encima del estante, junto a la novela que había recibido de regalo hacía varios años. Cuando por fin comencé a usarlas, me parecieron extrañamente cómodas. Las antiguas estaban desastradas y rotas, pero de todas maneras las guardé en la misma caja de cartón en que recibí las nuevas.

17

Ocurrió al siguiente verano. Otra vez la casa entera se alborotó con la llegada de Estebito. Después de saludar a su abuela llegó hasta el patio, donde me abrazó. Por supuesto, yo contenía mis emociones, me alegraba verlo, pero también me ponía nervioso demostrar mis sentimientos. Estebito parecía crecido y comenzaba a transformarse en un joven. Antes de que pudiéramos subirnos a nuestros árboles favoritos, la abuela nos convocó a los dos debajo del parrón. Le habló muy seriamente a su nieto, había recibido los informes de su colegio, donde le notificaban el retraso que tenía para leer comparado al resto de sus compañeros, debía entonces ponerse al día, para eso aprovecharía esas vacaciones. La abuela permitiría los juegos y el descanso veraniego, pero también le pediría que ocupase ese tiempo para estudiar. Esto último, lo dijo mirándome, me encargaría yo de hacerlo cumplir. Bajé la cabeza avergonzado sin motivo.

La señora Dama recordó a aquel profesor que había enseñado a leer a su mayordomo hacía muchos años. A través de contactos lograron localizarlo. Así llegó una tarde,

después del almuerzo, el profesor Santis. Todos los días de la semana el profesor le daría lecciones a Estebito durante la tarde. El mejor lugar para ello era bajo el parrón; allí instalaron un pizarrón y unas sillas. Yo estaba encargado de que Estebito no faltara a esas lecciones. Por la noche, antes de acostarse, repasaría con su abuela las lecciones del día. Cuando escuché todo aquello, mi corazón latió aceleradamente. Afirmé con la cabeza y caminé trastabillando por la emoción. Era mi oportunidad, no la podía dejar pasar.

Cuando el primer día apareció el profesor Santis, lo miramos con curiosidad: era un hombre muy viejo, le gustaba usar camisetas playeras muy coloridas y un sombrero blanco. Se sentó con Estebito frente a la mesa debajo del parrón y comenzaron la lección. Por mi parte, preparé una gran hilera rebelde de hortensias que necesitaban acomodarse en la pared cercana al parrón. Trabajé lentamente en ello, mientras no me perdía ninguna de las palabras del profesor Santis. Estebito se caía de sueño escuchando la lección, en cambio yo intentaba captar todo lo que se dijera. Inmediatamente que el profesor se marchó, corrí hasta mi cabaña y repasé entera la lección en mi cabeza. Ocurrió del mismo modo toda la semana. Por las noches volvía a repasarla, atreviéndome a practicar con lecturas de pequeños fragmentos de diarios y revistas; buscaba ejemplos de letras y palabras e intentaba que mi cerebro repitiera los sonidos. Poco a poco, como si se destapara un gran pozo oscuro, comencé a unir esas palabras, a reconocerlas y a entenderlas. Por las tardes acudía, sin que nadie lo notara, hasta mis hortensias, donde fingía trabajar, pero en realidad escuchaba atentamente la lección de lectura.

Todo el verano trascurrió del mismo modo. Mi excitación era alarmante. A veces me pasaba toda la noche practi-

cando lo que aprendía durante el día. Las últimas semanas, sin inhibiciones, me sentaba junto con Estebito a escuchar directamente al profesor, dejando de lado mi trabajo.

Coincidió el final del curso con la partida de Estebito y el fin del verano. Cuando ambos nos abrazamos en la despedida, yo le agradecí lo que había ocurrido en esas vacaciones. Seguí practicando hasta lograr repasar aquellos diarios y revistas y conseguir comprenderlos del todo. Tal vez ese fue el día más feliz de mi vida. No lo sé, debió ser uno de los más felices, pero a la vez fue el más triste.

Cuando llegué por la noche a mi cabaña, bajé del estante mi único bien. Abrí la primera página del libro y leí: “El 24 de febrero de 1815, el vigía de Nuestra Señora de la Guardia dio la señal de que se hallaba a la vista el bergantín *El Favorión...*”. Y no me detuve. Leí toda la noche. Al día siguiente me ocupé de mis labores habituales, pero cuando lograba un poco de tiempo libre volvía a la novela. Así la acabé rápidamente. También yo había sido un prisionero, como el conde de la novela; ahora no lo era y, como él, buscaba mi venganza.

El descubrimiento de los libros trajo consigo otro descubrimiento terrible. Supongo que lo sospechaba, pero nunca creí que sería tan devastador para mi simiesca persona. Desde mi llegada a la lectura creí que podría conocer muchos secretos, y así ocurrió. Comencé por los diarios que leían la señora Dama y el mayordomo, y que por las noches depositaban muy ordenadamente en el tarro de la basura. Como yo era el encargado de llevar nuestra basura hasta el cesto en la calle, aprovechaba para regresar muy contento a mi habitación con esos diarios y revistas. Entonces, los leía lentamente al principio, pero después con ritmo y velocidad. A los pocos días encontré en los diarios un artículo sobre la desaparición de los grandes primates de África, el reportaje llevaba fotografías, algunas muy terribles, con capturas de simios en las sabanas africanas. Comencé a comprender entonces mi verdadera identidad, esa que creí diferente. Una sucesión de crónicas que encontré en una revista de viajes, me confirmó todos mis errores. Mi verdadera identidad era esa, la de un simio macho de la especie de los grandes primates. Esa comprobación fue un golpe tremendo.

Durante años ansiaba acceder a los libros; ahora que lo hacía, estos me devolvían a la realidad de la forma más cruel. Fueron días de estremecimientos fríos que me recorrían mi peluda piel de animal. Apenas me podía mover y, finalmente, caí enfermo en la cama que nunca usaba. Durante varios días no pude llevarme a la boca alimento alguno. Brigiet entraba en puntillas, me dejaba la bandeja y salía sin decir nada. Al principio se mostró indiferente, pero más tarde, cuando vio mi gravedad, prefirió llamar al mayordomo para que me atendiera. Empeoré con alarmante rapidez. Mi ánimo tampoco mejoró. En mi interior combatía con mis propias frustraciones. Pensaba: si no era el que creí ser, entonces no valía la pena vivir. La señora Dama también se acercó varias veces, preocupada. Al ver mi estado convocó con urgencia a su médico. Las siguientes noches fueron de sufrimiento. Brigiet permanecía a mi lado, sin decir nada, observándome con su rostro impenetrable, pero preocupada. Por mi cabeza comenzaron a desfilar los castigos en mi jaula, la voz burlona de Palmine el Grande, los gritos de los visitantes. Todo ese tiempo lo recordé como un castigo merecido: estaba en la jaula porque era el lugar donde debía estar, pensaba, donde debía permanecer un animal como yo. Las risas de niños y adultos frente a mi jaula me hicieron delirar, la fiebre me subió hasta quemar mi cuerpo. Por la mañana escuché llorar a la cocinera en la puerta de la cabaña. Los médicos llegaron más tarde, pero movían la cabeza desanimados y salían de allí. La única que permaneció todo el tiempo conmigo fue Brigiet. Pero nuestra comunicación era mínima, el silencio absoluto entre los dos era nuestra forma de relacionarnos, yo tendido en la cama, ella sentada en una silla. Cuando creyeron que definitivamente me moriría, llamaron a la señora Dama.

Ella hizo salir a Brigiet y ocupó su lugar en la silla al lado de la cama. La miré a los ojos y recordé esa mirada, la misma que alguna vez encontré en M. la última vez que la vi. La señora Dama me habló quedamente, como estaba acostumbrada a hacerlo, marcando sus palabras. Ese tono me relajó. Me habló de su nieto, de Estebito, estaba demostrando progresos asombrosos en el colegio, todo gracias a las lecciones del profesor Santis. Pensé que mi estado de moribundo era, indirectamente, provocado por esas lecciones. La señora Dama levantó entonces la vista y encontró en la gaveta el ejemplar de *El conde de Montecristo*, sonrió leve y elegantemente y dijo pasando la mano por la cubierta del libro:

—La novela preferida de Armando.

Enseguida deslizó su mano hacia la mía y la sostuvo con una pequeña presión. Su mano era pequeña, frágil y huesuda, la mía era oscura, peluda, de dedos regordetes. Sentí vergüenza de mis manos gigantes al lado de las suyas. Entonces hizo una larga pausa antes de volver a hablar. Finalmente suspiró y dijo, apretándome aún más la mano:

—Has sido un buen hombre.

Luego se levantó contrariada, con los ojos llorosos, y dejó la habitación. Pero sus palabras quedaron retumbando en mi cerebro como nunca antes. Era lo que había deseado escuchar durante tantos años. Era lo que esperaba, convertirme nada más que en un “buen hombre”, aunque fuera un simio capturado para ser exhibido en un zoológico. Nunca dejaría de ser uno, pero todavía podría convertirme o ya lo era, según la señora Dama, en un buen hombre.

Esa sola frase sirvió de alivio y curación. En las siguientes horas la fiebre cedió. Brigiet se alegró y corrió por comida y agua. Bebí y comí lentamente, y mi salud comenzó

a recobrase. Necesité pocos días para recuperar enteras mis fuerzas y mi entusiasmo de siempre. La señora Dama lo había logrado sin imaginárselo; para ella era un buen hombre en un cuerpo de simio.

19

Acepté mi realidad. Con los años me he dado cuenta de que todos, animales y hombres, lo hacen de la misma forma, con resignación o desesperación, pero terminan finalmente aceptando la realidad, cualquiera que se les presente.

Los siguientes años fueron distintos. Seguí trabajando de jardinero en la casa de la señora Dama. Me alegraba la llegada del verano en la casa. El patio adquiría una vida diferente, llena del bullicio de los insectos y la bruma del calor entre los árboles. Tengo que decir que desde el día en que me enteré de mi condición simiesca, me decidí a aceptarla. Por lo tanto, cuando trabajaba, vagaba descalzo, ocupado en mis labores y cada vez más retraído. Tampoco volví a mi libro o algún otro tipo de lectura. De alguna manera absurda culpaba a mi reciente habilidad de leer de todas mis desgracias.

El siguiente verano, Estebito llegó diferente. Era un joven delgado y muy alto. No se interesó, como yo esperaba, en trepar árboles o acompañarme en los juegos que, debo admitirlo, disfrutaba más que él. La mayor impresión

que me causó fue verlo, premunido de algunos libros, echado en el pasto, pasar las horas de la tarde leyendo. Yo esperaba jugar como siempre, pero me di cuenta de que era inútil obligarlo. Por las noches él participaba con su abuela en reuniones sociales con distinguidas personalidades que le interesaba conocer. Una vez le escuché exclamar al mayordomo: “Qué cambiado está el señor Estebito”. Más tarde, la señora Dama nos advirtió de que Esteban —se preocupó de puntualizar su nombre desde ese momento en adelante— se preparaba para ingresar a una universidad en el extranjero.

Estebito o Esteban no olvidó del todo los buenos tiempos. Cuando su abuela se ausentaba, cambiaba los libros por jugar conmigo. Nos golpeábamos bromeando o luchábamos en el suelo —evidentemente lo dejaba ganar porque mi fuerza lo superaba— y a veces volvíamos a treparnos a los árboles. Así ocurrió el accidente. No fue uno grave, pero sí determinante. Estebito era excelente subiendo a los árboles. Me confesó que su pasión era escalar montañas, que lo haría más adelante, aunque sin el permiso de su padre o de su abuela. Una tarde que nos descolgábamos por uno de los árboles del patio, una rama cedió y Estebito cayó desde gran altura. Se golpeó en una de las piernas. Lo cargué y lo conduje hasta la casa. En la clínica le aseguraron que tenía una luxación en un tobillo, nada más, pero que por el resto de las vacaciones tendría que usar una bota de yeso. Cuando la señora Dama regresó a la casa, nos citó debajo del parrón, el lugar donde se decían cosas importantes. Nos reprendió muy firmemente. Ambos bajamos la cabeza como culpables arrepentidos. Entonces nos dio la penitencia. Estebito debía permanecer inmobilizado en una tumbona en el patio y yo debía hacerle compañía, pero se agregaba algo más. En ese

momento levantó dos llaves, lo hizo de un modo tembloroso y sus ojos se llenaron de lágrimas. Creo que nunca volví a verla de ese modo, frágil y nostálgica. Las llaves eran de la biblioteca clausurada en el sótano de la casa. Estebito explotó en gritos de alegría, que yo acompañé aunque no tenía idea de por qué lo hacía. Con Estebito al hombro bajamos al sótano. La señora Dama no quiso saber más detalles del asunto y se retiró cansada a su dormitorio. Abrimos esa puerta. El lugar estaba en tinieblas y a pesar del calor del verano, allí parecía más fresco, frío incluso. Encendimos la luz y nos encontramos en medio de la biblioteca de Armando, el abuelo de Estebito. Los anaqueles estaban llenos de libros. En otro lugar encontramos un escritorio cubierto de mapas y una antigua cámara fotográfica. Estebito estaba maravillado con los libros de su abuelo. Sabía que la decisión de abrir la biblioteca debió ser difícil para su abuela. Comenzó entonces a revisar los títulos. Le apasionaban las novelas de aventuras. Él esperaba transformarse en un escritor, pero antes sería un aventurero para tener material que escribir. Mientras repasaba los libros que leería primero, observé los mapas sobre el escritorio. Allí estaba, entre otros, un gran mapa de África. Entonces pensé, con tristeza, que tal vez yo había nacido en algún lugar de ese enorme continente. Probablemente también allí nacieron mis padres, tal vez habían sido cazados y yo era muy pequeño para recordarlo. Un ventarrón de nostalgia me hizo suspirar con fuerza y sentí, como nunca antes, la humedad de la selva, de los bosques lluviosos de mis ancestros, el calor seco y polvoriento, a pesar de no haber vivido nunca allí. Antes había sentido algo parecido, sobre todo por las noches, mirando a la luna o cuando llovía exageradamente, pero nunca había comprendido de qué se trataba. Ahora era

distinto, era un simio educado entre los hombres y por ello también prisionero; otra vez prisionero, pensé.

Estebito recogió las novelas que creyó disfrutaría y nos preparamos para subir. Antes de hacerlo, se detuvo y me preguntó si iba a elegir ahora o después lo que leería para acompañarlo. No esperaba algo así. Recorrí el anaquel y elegí sin pensar lo que me pareció adecuado, luego subí con Estebito hasta el patio, donde comenzamos nuestra primera sesión de lectura, aprovechando el calor agradable del verano, filtrado por ese jardín fresco en el fondo de la casa.

20

Debo decir que he tenido suerte en muchos de mis actos; suerte mezclada con grandes coincidencias. La primera de esas novelas que leí, junto a Estebito en el patio, o debió de ser la segunda o la tercera, trataba de un niño pequeño, de solo meses, hijo de un hombre rico. En un viaje en avión sufre un accidente. La familia entera perece, pero el niño sobrevive al terrible accidente. Sus días u horas están contados, no sobrevivirá porque ha caído en medio de una selva llena de animales feroces y otras dificultades, pero el niño es rescatado por una familia de simios que lo protege, lo alimenta y lo salva de la muerte. El niño se transforma en un hombre de la selva educado por los simios, vive con ellos encima de los árboles, se comporta como ellos, puede trepar y trasladarse por toda la selva a través de los árboles. La historia, se comprenderá, me fascinó; era mi historia, pero contada al revés.

Leí mucho aquel verano. La señora Dama nos observaba desde una ventana del segundo piso y sonreía. También nos observaba Magallanes, el mayordomo, desde la cocina, movía

la cabeza por el tiempo que perdíamos sin hacer nada útil, según sus palabras. Para mí fueron mis primeras vacaciones verdaderas y las disfruté.

Llegó la hora de despedirnos de Estebito, o Esteban, según su abuela. Sabíamos ambos que nada sería como antes, que no regresaría puntualmente el siguiente verano, que una nueva vida comenzaba para él en el extranjero. Ambos lo sabíamos, por eso, en un acto bastante inusual de mi parte, lo abracé hasta casi dejarlo sin aire y despeinado. Le deseaba suerte y esperaba que nunca me olvidara porque yo no lo haría.

Al día siguiente de la partida de Estebito, el mayordomo, muy temprano, golpeó a mi puerta. Al abrirla me esperaba con un rastrillo en la mano, las tijeras de podar y otras herramientas. Me dijo que tenía mucho trabajo y que era mejor que comenzara de una vez. Tenía razón, después de haber sufrido el castigo de la señora Dama de leer todo ese verano, debía volver al trabajo. Comprendí que la lectura me había convertido en alguien diferente, o debo decir que era el mismo, pero con ganas de ser diferente, y ese sentimiento, hasta el día de hoy, es el que siempre me inspiran los libros cuando termino de leerlos.

El nuevo año trajo extrañas novedades. La casa había vuelto al ritmo esperado. La señora Dama seguía ofreciendo reuniones sociales donde se discutían asuntos muy importantes, según le escuché decir a Brigiet. Para mí los domingos cambiaron del todo. Por primera vez desde que estaba allí, creí conveniente no aceptar volver a la iglesia. La señora Dama era una mujer tolerante y ante mi insurrección creyó ver más bien temperamento y no me obligó a cambiar de parecer. En cambio, los domingos comencé a realizar extensos paseos —por supuesto, me negaba a usar cualquier medio de transporte— rodeando nuestro sector y los barrios periféricos. En esos paseos comprendí que las diferencias existían no solo entre hombres y animales, entre hombres y simios, sino entre el modo de vivir de los hombres, sus casas, sus barrios. Lo comprendí sin que mi entendimiento lo justificara. Tenía la convicción de que esos paseos alguna vez me serían útiles.

Un domingo que llegué de regreso de mi día de descanso, vi un automóvil en el estacionamiento y me preocupé.

Intenté acercarme a la ventana que estaba iluminada, la ocupada por el dormitorio de Magallanes. Pero las cortinas no dejaban ver nada. Me acerqué a la cocina. Cuando trataba de abrir lentamente la puerta de vidrio, me sorprendió Brigiet, quien fumaba un cigarrillo. Yo sabía que a la señora Dama le molestaba el humo de los cigarrillos, por eso Brigiet lo hacía en el patio de luz, al lado de la cocina. Dijo que el mayordomo estaba enfermo. Que a la hora del almuerzo había caído desmayado en el comedor mientras servía la sopa. El médico de la señora lo examinaba en ese momento. Brigiet me aseguró que con su experiencia no parecía nada bueno lo que le ocurría al mayordomo. Quise preguntar qué significaba «su experiencia», por qué hablaba de ese modo, pero no tuvimos tiempo porque apareció la cocinera. Debía prepararle una sopa al mayordomo. Nos informó además de que al día siguiente debían controlar al enfermo en una clínica, necesitaban la opinión de especialistas. Esa noche todos dormimos preocupados. El mayordomo no era un hombre entrañable en la casa, pero su presencia representaba mucho para todos nosotros.

Cuando al día siguiente una ambulancia lo vino a buscar, lo vimos subir con dificultad. Su rostro era más sombrío de lo habitual. Antes de subir, miró hacia el patio donde estaba yo con mi rastrillo en la mano. No sé por qué lo hice, pero levanté una mano y la moví lentamente; él lo entendió enseguida y me respondió levantando su mano de la misma forma. Nunca me imaginé que sería la última vez que lo vería.

Los siguientes meses la casa pareció desolada. Faltaba uno de nosotros. Estábamos tan acostumbrados unos a los otros, acostumbrados a la rutina de todos los días, que si alguien faltaba, nos afectaba el ánimo.

Solo nos alegraban las cartas de Estebito desde el extranjero. La señora Dama nos convocaba debajo del parrón o, si llovía, en la cocina, y nos leía esas largas cartas. Describía su vida en un cuartito muy estrecho, sus estudios, detallaba cada uno de sus amigos, luego se dirigía a cada uno de nosotros. A mí me recordaba, por supuesto, trepando a los árboles o en nuestras luchas en el pasto de la casa. Decía que continuaba entrenándose para vencerme cuando regresara. También nos contaba, para sufrimiento de su abuela, de sus expediciones en las montañas, sus viajes donde subía altas cumbres y estaba en contacto con la naturaleza.

Por las noches, cuando no podía dormir, repasaba las palabras de Estebito, lo que él llamaba su contacto con la naturaleza. Entonces, al amanecer, cuando nadie me veía, volvía a mi estado natural. Me quitaba toda la ropa, subía a un árbol y trataba de llegar a la rama más alta. El paisaje nocturno allí era único y me imaginaba que era lo mismo que sentía Estebito cuando alcanzaba la cima de una montaña: un sentimiento de felicidad sin explicación.

Pero la situación cambió. La pérdida de Magallanes, el mayordomo de la señora Dama, nos dejó definitivamente desanimados. La señora Dama nos citó a todos en el salón principal de la casa. No recuerdo haber estado en ese lugar sino de pasada, caminando con cuidado para no ensuciar su alfombra, impresionado por un gran reloj y la cristalería de sus lámparas. Nos obligó a sentarnos en esos confortables sillones. Nos habló muy claramente: organizaríamos otra vez la casa, pero el principal cambio era la contratación de un nuevo jardinero, dijo. Por supuesto, al escucharla me horroricé, un nuevo jardinero significaba que yo estaba despedido. Y lo estaba porque ahora sería el nuevo

mayordomo de la casa. La cocinera y Brigiet, que parecía siempre muy melancólica, se alegraron por mí y me felicitaron. Sorprendido por la designación, hice algunas payasadas que no pude reprimir, dando grititos simiescos, pero a los que todas ellas estaban acostumbradas.

Debí entonces cambiar mi forma de vida. Por supuesto que no acepté dormir en la habitación de Magallanes. Entré a ese lugar para recoger las pocas pertenencias que tenía y guardarlas definitivamente. Sobre el velador encontré su reloj, que fue lo único que conservé de él. No, no fue lo único. También en el velador encontré una fotografía, era un paisaje de Tierra del Fuego que mostraba la inmensidad de la pampa magallánica, el cielo enorme y el paisaje parejo donde aparentemente no existía nada. Me imaginé que todas las noches o todas las mañanas el mayordomo miraba esa fotografía y recordaba su vida pasada, el lugar al que nunca regresó, pero tampoco olvidó.

Brigiet me enseñó a servir la mesa, a recibir a los invitados y a vestirme con ropa que me provocaba risa utilizar. Aprendí con rapidez. Mi primera cena con invitados importantes la preparé durante una semana. La noche anterior no pude dormir por los nervios. Cuando llegaron los invitados, los recibí en la puerta. Me observaron extrañados, pero no se atrevieron a comentar nada. Recogí sus abrigos y sombreros y les indiqué, muy seriamente, hacia dónde dirigirse. Luego serví la cena cuidadosamente. Me equivoqué en detalles menores, pero en los que nadie reparó. Al final de la comida, agotado por la emoción y por las horas sin sueño, caí sobre la mesa de la cocina, donde dormí hasta que la propia cocinera me despertó y me echó furiosa porque le había llenado su mesa de pelos.

Al día siguiente, la señora Dama se acercó y me felicitó. La casa, según sus palabras, volvía a revivir con su nuevo mayordomo. Para probar su agradecimiento, me dio un nuevo trabajo, uno especial. Me entregó, tal como lo había hecho el verano anterior, las dos llaves del sótano. Dijo que esos libros debían estar llenos de polvo con todos los años que llevaban allí, así que me encargaría, poco a poco y tan lentamente como pudiera, de limpiarlos y tal vez volver a clasificarlos. Sabía lo que me quería decir y lo que quería que yo hiciera en realidad. Me sentí un simio feliz. Mi vida comenzaba a llenar todos esos vacíos que creía tener, y no sé si eso me hacía mejor hombre o mejor simio, o ambas cosas a la vez.

En los años siguientes, lo digo con modestia, leí casi íntegramente la biblioteca del sótano. Me pasaba en el lugar horas enteras, por supuesto cuando no me ocupaba de mis actividades como mayordomo.

Cuidé mi ropa y mis modales se refinaron, al punto que cuando me veía en el espejo apenas se notaban mis rasgos simiescos. Así pasaron los años y todos en la casa, incluida la casa misma, fuimos envejeciendo. Recibíamos noticias del exterior, Estebito nos informaba de sus éxitos como abogado y de su matrimonio. No se olvidaba de unas líneas para cada uno de nosotros. Su abuela se emocionaba con esas cartas. La veía alejarse hasta una ventana, donde permanecía largos minutos con la vista perdida, sosteniendo la carta de su nieto en sus manos.

Una de esas cartas la acompañó con regalos para todos nosotros. El mío me impresionó. Según Estebito —otra vez la señora Dama le había devuelto su nombre de niño y no lo llamaba Esteban—, alguna vez me vio interesado en la fotografía a propósito de una vieja cámara de su abuelo que

encontramos en el sótano de la casa. En el envío entonces incluía una pequeña cámara fotográfica para mí. Me pareció un regalo estupendo y la señora Dama le transmitió mi gratitud en una siguiente carta. Durante semanas estudié los secretos de esa cámara en libros que encontré. Brigiet se ofreció para comprarme una provisión de rollos fotográficos y un día estuve preparado.

Debo insistir en que mantenía mi cuarto en la cabaña del fondo del patio, donde me sentía de verdad cómodo. Me acompañaban mi ejemplar de *El conde de Montecristo* y la fotografía de las tierras australes del anterior mayordomo. Brigiet seguía cargando la bandeja con comida hasta mi cabaña. Cuando lo hacía ahora me sonreía y le gustaba hablarme unos minutos. Por supuesto, yo no solo aceptaba su conversación, sino que la alentaba. Intentaba parecer interesado y preocupado; así, poco a poco, se sintió en confianza conmigo, hasta que una tarde de poco trabajo —no recuerdo la estación del año— me contó su historia.

Brigiet, muy joven, se había enamorado de un hombre en el norte del país. Él era extranjero y trabajaba como ingeniero en una mina de cobre. Ella había vivido pobre ayudando en la cocinería de la zona que llevaba su madre. El ingeniero la encontró sirviendo platos y también se enamoró de ella. Le envió regalos como vestidos, revistas y perfumes. Ella, como era joven, quedó maravillada. Él era un hombre mayor y con dinero. Un día la invitó a un cine de la ciudad y cuando la fue a dejar en su automóvil habló con su madre, le dijo que quería casarse, que no se preocupara por la diferencia de edad y que la haría feliz. Nadie tuvo tiempo de pensar mejor lo que ocurría y ambos se casaron una semana después. Brigiet se fue a vivir con el ingeniero a una casa de dos pisos. Por primera vez ella tuvo

dinero, cambió su ropa, sus hábitos y sus amistades; y ayudó a su madre, que seguía con el trabajo de la cocinería. Pasaba mucho tiempo sola en la casa debido a las largas ausencias de trabajo de su marido en el desierto. Un año después de casarse, el ingeniero fue trasladado definitivamente a la ciudad. Entonces sus vidas cambiaron. A él no le gustaba que ella saliera de la casa, que se juntara con amigas o que se vistiera de la forma que lo hacía. Parecía que todo disgustaba al ingeniero. Restringía sus actividades y con quién hablaba, cuestionaba hasta las visitas que le hacía a su madre. Brigiet pasaba el día encerrada en la casa, sin entender lo que le ocurría a su marido. A veces él llegaba alterado y, aunque nunca la golpeó, la agredía con insultos, se reía de ella, de su ignorancia y pobreza, y celoso la acusaba de una infidelidad que no existía. Brigiet no podía hacerlo si apenas salía de la casa. El ingeniero le obligaba a escribirle cartas a la madre en las que le entregaba dinero y notas en las que le decía que se encontraba de viaje o que no podían verse. Brigiet se dio cuenta entonces de que era prisionera en su propia casa. Para no volverse loca habló con el ingeniero un día en que lo creyó de buen ánimo. Le dijo que quería separarse de él, que su amor por él había acabado. Pero fue peor. El ingeniero no solo no aceptó algo así, sino que la encerró en su dormitorio. Instaló candados en la ventana y en la puerta y se fue durante tres días a inspeccionar unas obras mineras. Durante todo ese tiempo, Brigiet no comió nada y solo bebía agua de las cañerías del baño. Entendió que su marido era un hombre enfermo, que debía escapar de allí antes de que le sucediera algo peor.

Su marido le permitía pequeñas salidas a comprar alimentos que cocinar, pero todo era vigilado por un ayudante del ingeniero. Logró milagrosamente hacer

contacto con su madre. Decidieron comunicarse entonces con pequeñas notas que Brigiet le dejaba en un almacén, a través de la dueña, que la apoyaba.

La siguiente salida a terreno del ingeniero lo mantendría una semana en el altiplano, dejó entonces en la casa a su ayudante para que cuidara de su mujer. El ayudante era un hombre inmovible, alguna vez había sido militar, pero había dejado el servicio por su brutalidad con sus subalternos. Una noche, Brigiet se ofreció a preparar la cena. Su madre le envió oculto en un repollo lo que necesitaba y las instrucciones para esa noche. Brigiet elaboró una cena que comió con el ayudante, pero casi sin hablar. Antes de llegar al postre, el ayudante cayó dormido sobre la mesa. El somnífero que su madre le envió era poderoso y esperaban que el hombre durmiera al menos cinco horas seguidas. Brigiet preparó su maleta. Prefirió no quedarse con nada, solo con algunos vestidos. En la calle la aguardaban una camioneta de un amigo y su madre. Viajaron toda la noche hasta la entrada de la siguiente ciudad más cercana. Al amanecer esperaron allí el autobús. Se despidieron llorando. El autobús se fue por la carretera, en medio del desierto del norte, rumbo a la capital del país. Dos días después estaba instalada en una pensión en Santiago. Durante algunas semanas buscó trabajo, pero las agencias de empleo le exigían referencias y antecedentes laborales. Brigiet no tenía nada de eso. Se había casado muy joven y ni siquiera había terminado de estudiar. Un día, en una agencia de empleo, se encontró con una mujer que le indicó cómo debía preparar esos antecedentes. Le dejó leer los suyos, que Brigiet memorizó. Se despidió de la mujer y llegó a una nueva agencia. Repitió los mismos antecedentes que había leído de la mujer y los hizo pasar como suyos. Con todo eso se presentó en la casa de la

señora Dama, donde el mayordomo Magallanes la evaluó y la contrató como empleada de la casa.

Por supuesto, cuando terminó de contar todo aquello, Brigiet esperaba que yo no dijera nada a la señora Dama. No lo habría hecho si hubiera podido. Brigiet era una buena empleada, algo melancólica, pero hacía bien su trabajo. Entendí lo que le había ocurrido, también yo había sido un prisionero. Cuando finalizó completamente su relato, nos quedamos mirando un instante, como lo hacen todos aquellos que sienten que han abierto una puerta de confianza mostrándose como lo que realmente son.

Cuando estuve preparado con mi cámara fotográfica, tuve mi primera duda creativa: no sabía qué hacer a continuación, qué es lo que debía fotografiar. Lo intenté tímidamente con las flores que cultivaba en el jardín un jardinero contratado en forma ocasional. Después intenté cazar imágenes de los pájaros que acudían a nuestros árboles, pero todos ellos eran muy escurridizos. Por la noche me preguntaba cuáles debían ser mis temas fotográficos. Esa noche tuve otra vez un sueño que repetía frecuentemente: me veía en medio de un paisaje en África, junto con los míos, en alguna colonia de simios, encima de árboles muy altos; no era un sueño coherente y creo que soñaba solo lo que había leído. Había terminado de aceptar que mis padres tal vez me concibieron en cautiverio y nunca viví en otro continente. Había averiguado detalles sobre mi especie, pero los leía con incredulidad y hasta indiferencia, sabía que en el fondo de mi corazón me había convertido en alguien distinto a un simio, eso me conformaba, era un hombre bueno, con cuerpo y cerebro de simio, pero un hombre

bueno, según la señora Dama, y eso me daba un aire de superioridad en el que ilusamente creía.

Al despertar decidí cuáles serían mis temas fotográficos. Al abrir los ojos —todavía dormía en el duro suelo de madera— lo primero que vi fue esa fotografía de la Patagonia que me acompañaba. Eso haría: fotografiaría el paisaje que me rodeaba. Coincidió que era día domingo. A esa hora todos estaban en la iglesia. Me eché la cámara al hombro y comencé a recorrer el barrio, cuadra por cuadra, fotografiaba casas, calles, esquinas, patios. Muy pronto, tal vez al domingo siguiente, quedé sin rollos fotográficos para mi cámara. Las primeras fotografías que revelé eran técnicamente imperfectas, pero las siguientes estaban mejor. Todas relataban en imágenes nuestro barrio, junto a aquel otro, a solo unas cuadras, pobre, en la periferia del nuestro. Al revisar las fotografías me di cuenta de que todo cambiaba, que nuestro barrio, en los últimos años, había cambiado aceleradamente. Necesité de esas fotografías para comprobarlo. Cada vez eran menos las grandes casas de cemento rodeadas con sus extensos jardines y patios como la nuestra. Recordaba en mis primeros paseos de domingo aquellas casas que ahora no estaban, las habían echado abajo, sus dueños las vendieron para levantar edificios de distintos tamaños que nos rodeaban.

Pero, sin duda, las fotografías más interesantes eran las de la población aledaña. Allí aparecían rostros, la mayoría eran niños. Sin imaginármelo, intuitivamente, mis fotografías hablaban por mí, mostraban las diferencias, las mismas que yo, en mi juventud, quise pasar por alto, y quise que nadie notara entre los hombres y un simio como yo. Guardaba mis fotografías en los estantes de mi cabaña sin ánimo de mostrárselas a nadie y las repasaba cuando no tenía nada

que hacer. Los domingos de descanso para mí significaban pasearme dedicado a fotografiar el paisaje, el que creí que me pertenecía porque me rodeaba, así como el mayordomo Magallanes revivía el suyo con una fotografía del lugar que creía le pertenecía en Tierra del Fuego.

Las cenas con invitados en la casa siguieron su ritmo habitual, aunque la señora Dama no era la misma. Es decir, seguía siendo una mujer fuerte, enérgica y que defendía claramente su posición —la escuchaba argumentar frente a políticos, mientras yo servía la cena—, pero la conocía muy bien y algo en sus ojos o en la fragilidad de su cuerpo, cada vez más delgado, demostraba que envejecía.

Entre los invitados tal vez el más simpático era el alcalde de la comuna, que llegaba a la casa siempre sonriendo, me hacía un par de bromas por mis abundantes pelos y fumaba un largo cigarro. Cuando se iba, tarde en la noche, lo despedía con su abrigo en la puerta. El alcalde me llevaba del brazo hasta su automóvil y me contaba sus problemas en la alcaldía. Yo lo escuchaba y le daba soluciones o sugerencias, siempre expresadas con mis gruñidos habituales, pero que él reconocía muy bien. Teníamos ese grado de confianza. Una mañana apareció por la casa. No pidió hablar con la señora, sino directamente conmigo. Me comentó unos problemas edilicios, yo no alcancé a afirmar o negar cuando él encontró la solución; después de eso se despidió, inexplicablemente feliz y agradecido.

En una de las siguientes cenas con muchos invitados en la casa, a la hora de servir el café, escuché que conversaba el alcalde sobre los proyectos inmobiliarios para el barrio. Unos protestaban contra el abuso de la construcción de nuevos edificios, que imponían un nuevo paisaje y destruían las antiguas casas de familias. Otros aseguraban que el

progreso no se podía detener de ningún modo, esas construcciones daban trabajo y mejoraban el barrio. Otros mencionaron entonces aquella población pobre en los márgenes del barrio: algunos la defendieron, otros la atacaron de una forma cruel. Yo conocía el lugar y era muy distinto al que se señaló en esa conversación. El alcalde permaneció en silencio como nunca antes lo había visto. Después de servir el café, apresuradamente, llegué hasta mi cabaña y preparé un sobre con fotografías que yo mismo había tomado de ese lugar pobre en el margen de la comuna. Cuando despedí en la calle al alcalde, le entregué esas fotografías, intentando, con mis gestos y mis gruñidos, que meditara sobre la importante iniciativa que debía tomar con respecto a aquella población.

Pensé que mis fotografías podrían llamar la atención sobre la existencia en ese lugar. Y así lo hicieron, pero al contrario de lo que esperaba. Tres domingos después me dirigí hasta el lugar y lo encontré vacío. Un hombre que vendía el diario en una esquina, me reconoció, dijo que me veía siempre fotografiando aquella población, pero que ahora no podría hacerlo porque el alcalde los había movido de allí para vender esos terrenos a una inmobiliaria; en el lugar construirían un conjunto de edificios de departamentos. A los pobladores los habían acomodado en distintos barrios periféricos de la capital. Regresé desolado a la casa y, a pesar de que era temprano, me eché en el piso de mi habitación desconsolado.

Una semana después, un ayudante del alcalde trajo de vuelta mis fotografías y una nota de agradecimiento. Por supuesto, no esperaba que los expulsaran de ese lugar, pero el alcalde entendió que así debía ser al ver las fotografías que los retrataban con toda su miseria. Siempre creí que



podría darme a entender a pesar de mis limitaciones, pero ahora me daba cuenta de que seguía siendo un ser diferente y, como todos, también me equivocaba.

Desde ese día decidí guardar mi cámara y mis fotografías en el estante de la cabaña.

Es cierto, todos envejecimos, incluida la misma casa. Nunca conseguimos un buen jardinero, fuimos perdiendo árboles y casi no plantamos nuevas flores. Durante meses la fuente de agua permanecía de un color verde oscuro y nadie se ocupaba de limpiarla. Al menos me preocupaba de mantener limpio el interior de la casa, sobre todo después de que la señora Dama comenzara a cancelar las recepciones y a restringir las visitas. Pasaba gran parte del día en su habitación y comía sola. Mi intención era mantener muy presentable la casa para cuando ella bajaba a dar cuerda al reloj de la sala principal o vagaba lentamente por las habitaciones como si buscara a alguien. Las fiestas, finalmente, terminaron, y dejaron de llegar amigos a visitarla o de organizarse esas grandes cenas con gente importante.

Un día llegó a la casa un joven que se presentó como el hijo de Leonor y Joao; y en verdad se parecía a ambos, como si sus dos rostros se mezclaran en uno. Comenzaba sus estudios en la capital y traía los saludos de sus padres,

que se mantenían muy conformes en el sur del país. La visita nos alegró a todos. El joven era como sus padres, alegre y risueño. Cuando nos despedimos de él, la señora Dama, la cocinera y yo mismo tuvimos el mismo pensamiento: el tiempo había pasado demasiado veloz como para poder detenerlo, lo representaba muy bien aquel joven.

A veces, durante el verano, me quitaba mi traje formal de mayordomo —nunca dejé mis zapatillas de basquetbolista, que cambié en varias oportunidades por un par nuevo—, me vestía entonces con mi antiguo traje de jardinero y el sombrero de paja en la cabeza, y me dedicaba a limpiar el patio, cortar la maleza, podar los árboles. Pero no era lo mismo, mis fuerzas no eran las mismas y la maleza parecía ganarme porque a los pocos meses todo se cubría nuevamente.

La primera que nos dejó fue la señora cocinera. Un día decidió hacer sus maletas y volver a su pueblo, donde todos eran gordos. Había trabajado durante muchos años, quería descansar y verse nuevamente con los suyos. Nadie le negó ese derecho y la despedimos como correspondía, con una gran cena en la que estábamos todos los empleados y alguna amiga del mercado que nos surtía de frutas y verduras; la señora Dama nos acompañó en esa cena, aunque fue solo unos minutos, luego se excusó y volvió a recluirse en su habitación. Celebramos hasta muy tarde, reímos y recordamos al huraño Magallanes, que todos aprendimos a respetar; también recordamos a Leonor, a Joao y a Estebito, incluso recordamos al alcalde, al que todos considerábamos un tipo bromista y mal alcalde (había muerto hacía unos meses al atorarse con una espina de pescado). Al final de la noche nos despedimos de la cocinera. Ella me apartó a un lado y al abrazarme me dijo que no olvidara que la vida no

se prolongaría para siempre y que debía darme cuenta de una vez de lo que Brigiet sentía por mí. Después de decirme esto me abrazó. Quedé sorprendido por sus palabras y durante varios días pensé en todo aquello.

Mis pensamientos quedaron interrumpidos por una noticia grandiosa. Regresaba Estebito a visitar a su abuela. Durante el mes que lo esperamos, preparamos la casa de la mejor forma. La señora Dama pareció revivir con la noticia. Salió de su habitación, visitó las peluquerías del centro, se dejó examinar por su médico. Por mi parte, y en forma apresurada, preparé el patio de la casa. Iniciábamos el verano y yo creí, ingenuamente, que Estebito querría jugar conmigo, treparíamos los árboles o nos enfrentaríamos en luchas interminables sobre el césped.

Por fin llegó el día. Estebito era un hombre formado y un buen abogado. Su mujer era extranjera y criaban dos hijos, uno que aún no caminaba y otro muy parecido a él. La señora Dama pareció rejuvenecer con esa visita. Yo recibí regalos y, por supuesto, la decepción de encontrarme a Estebito transformado en un adulto que no jugaría conmigo.

El mismo día en que llegaron decidieron visitar a otros amigos durante la tarde. Estebito se acercó a mí y me pidió que, en su ausencia de algunas horas, cuidara de su hijo mayor. Una vez que se marcharon nos fuimos al patio. Al principio el niño, cuyo nombre era Armando, como su abuelo, pareció poco interesado y algo distraído. Entonces me quité mis zapatillas, subí a los pocos árboles que nos quedaban y le preparé un par de acrobacias (más tarde estuve adolorido por esos ejercicios a los que no estaba acostumbrado). Armandito se transformó al verme en los árboles. Aplaudió entusiasmado y quiso aprender a subir,

a descolgarse como yo lo hacía. Apenas notamos cómo pasaron las horas y cuándo regresó su padre. Esa noche nos dormimos todos con una sensación grata, una sensación de poder retener el tiempo a nuestra voluntad.

Durante las siguientes tardes de ese verano jugué con el hijo de Estebito de la misma forma que lo había hecho con él muchos veranos atrás.

Una tarde en que disfrutábamos de la sombra del parrrón, Estebito entró a mi cabaña a buscar una sombrilla. Después de un rato regresó con mis fotografías que había tomado hacía algunos años, cuando era aficionado a hacerlo en mis paseos de domingo. Las había encontrado muy ordenadas y clasificadas. Me dijo que estaban muy bien, él también era un aficionado, y debía prestarle esas fotografías por un momento. No le di importancia y seguí mis juegos en el fondo del patio.

El día lunes llegó Estebito con un hombre que me saludó de la misma forma que lo hacían todos, con gestos de repulsión y curiosidad. Dijo que dirigía una sala de exposiciones y que quería contratar mis fotografías para una exposición al final del verano, que comenzaría un ciclo de fotógrafos aficionados. No alcancé a negarme. El hombre se llevó todas las fotografías que tenía en mi poder.

La exposición se inauguró al final del verano y llevó por título *Los otros*, a mí me pareció un buen título, aunque no fui yo quien lo sugirió. Casi todas las fotografías eran de aquella población erradicada hacía algunos años, casi todas mostraban rostros de niños, felices, pobres, resignados, curiosos y esperanzados. La noche de la inauguración, Brigiet llegó a la cabaña con un regalo de la señora Dama, un nuevo traje, el segundo que tuve en toda mi vida: era elegante y más moderno que el anterior. Solo me abstuve de ocupar los

zapatos de cuero que incluía el traje y que ni siquiera quise probarme.

La exposición fue un éxito. Vendí casi todas esas fotografías. Unas semanas después se apareció otra vez el dueño de la galería pidiéndome más fotografías. Yo no tenía nada y tampoco tenía nada más que fotografiar, pero le hice ver que cuando las tuviera se las llevaría. Al otro día de la inauguración, la señora Dama me felicitó por mi "arte", esa fue la palabra que utilizó. Y también me felicitó y preguntó por aquel elegante traje que llevaba puesto. Comprendí entonces que no era ella la que me lo había regalado el día anterior.

Estebito y su familia dejaron la casa al final de esas vacaciones. Regresaron al extranjero, donde tenían su hogar. Armandito, su hijo, y yo prometimos reencontrarnos el verano siguiente y proseguir nuestros juegos. Ambos no sabíamos que eso no volvería a ocurrir.

Después de que su nieto partiera, la señora Dama volvió a encerrarse en su habitación, pero esta vez parecía más triste y solitaria. La casa, que era una extensión de nosotros mismos, también volvió a oscurecerse, la maleza lo invadió todo otra vez, a pesar de mis esfuerzos por evitarlo.

Me preocupó lo que Estebito habló conmigo antes de marcharse. Lo hizo seriamente, como nunca antes lo había hecho, me dijo que veía con preocupación a su abuela y que yo debía pensar en cómo proseguir mi vida si ella nos dejaba. También apuntó que había recibido el ofrecimiento de una inmobiliaria que pagaría muy bien ese terreno tan amplio que ocupaba la gran casa. Sabía lo que esto último significaba y quedé preocupado.

Cuando encontré la ocasión, me acerqué a Brigiet. Bebí una taza de té en la mesa de la cocina. Quise agradecerle el traje que me había regalado. Mis agradecimientos fueron torpes y algo ininteligibles. Pero además le hice ver que éramos diferentes y que nunca podría existir nada entre ambos. Toda mi vida había seguido el mismo discurso asegurando que era igual a los demás, pero sabía que eso era una mentira que solía repetirme a mí mismo. Ella lo comprendió, bajó la cabeza, y ambos miramos la taza de té como si miráramos un espejo que nos hablaba y nos decía que no nos equivocábamos.

Ese año fue lento y melancólico. El invierno lo resistimos, pero nos golpeó muy fuerte en la casa. En la primavera, al contrario de lo que se puede creer, la señora Dama se enfermó definitivamente. No se levantó más de la cama y su único contacto con el mundo era la lectura del diario que le subía todas las mañanas. El médico que la atendía nos convocó a los empleados de la casa y nos informó que estaba muy enferma y lo mejor era avisar a los familiares. Brigiet se ocupó de ello. Estebito habló con su abuela por teléfono y prometió llegar lo antes posible de regreso al país.

Por mi parte, decidí cuidarla por las noches. Me allegaba a su cama con una silla, tal como lo hizo ella cuando una enfermedad casi me aniquiló. Permanecía a su lado. Ella despertaba en medio de la noche y me sonreía y luego volvía a dormirse. La última noche me pidió que bajara la luz y me contó lentamente otra vez su historia, tal vez su única aventura, cuando debió rescatar a Armando en la Patagonia. Dejé que la relatara de nuevo como si la escuchara por primera vez. Luego se durmió y despertó una hora después. Abrió los ojos. Atrevidamente, pero sin poder evitarlo, tomé su mano delgada, casi en los huesos. Y la dejé allí. Me sonrió y dijo: «Armando», y murió lentamente sujeta a mi mano de simio.

26

Estebito llegó un día después, a tiempo para el entierro. El cortejo era extenso y en el cementerio destacadas personas hablaron de la vida de la señora Dama. En el momento en que bajaban el ataúd, yo recordé una frase: “Has sido un buen hombre”, una frase que me dirigí a mí, pero que ahora le decía yo a ella, mentalmente, para despedirla.

Los siguientes días fueron de agitación en la casa. La familia se reunió y discutieron qué hacer a continuación. Sabía que la decisión estaba tomada, que toda una vida en aquel lugar llegaba a su fin. Brigiet lo supo tan bien como yo y se decidió a partir al norte; regresaría con su madre. Con el dinero ahorrado durante esos años alcanzaría para levantar un restaurante que pensaban administrar juntas. Su ex marido había muerto y no tenía nada que temer a su regreso.

Cuando Estebito me notificó que vendería y que debía buscar otro lugar para quedarme, no me sorprendió. Ese mismo día di un gran paseo por el barrio. Todo había cambiado durante esos años. Los edificios de departamentos

ahora estaban por todas partes, la casa de la señora Dama parecía una rareza rodeada de edificios y automóviles. Cuando regresé a la casa no encontré a nadie.

Por la mañana habíamos despedido a Brigiet, a quien vi llorar por primera vez. Cuando la abracé, pensé, sin poder evitarlo, en M., mi liberadora, la única mujer que amé.

La casa vacía ahora parecía enorme. Traté de imaginarme sus antiguos ruidos, las palabras exactas y bien pronunciadas de la señora Dama dando órdenes, las fiestas con gente importante que reía y brindaba, los gritos de alegría de Estebito cuando era niño; todo aquello resonó como un eco lejano y definitivamente perdido.

Llegó entonces el día en que debí marcharme. Estebito quiso quedarse en un hotel mientras arreglaba los asuntos de la venta de la casa, pero esa tarde llegó para despedirse. Mi maleta era pequeña, casi insignificante, en ella llevaba mis dos trajes y también el de jardinero, mi cámara fotográfica, *El conde de Montecristo* y una fotografía con ese paisaje austral que perteneció al antiguo mayordomo. Estebito arregló la venta de los muebles y la importante donación de la biblioteca entera de su abuelo a una escuela escasa de libros en el pueblo donde vivían Leonor y Joao.

Antes de salir de allí, recorrimos el jardín y el patio por última vez: la maleza lo cubría todo y los árboles parecían enfermos. Esa tarde el calor era inusual para esa temporada del año. Estebito me entregó parte del dinero de la venta, dijo que su abuela lo hubiera aprobado y que me serviría para instalarme en otro sitio.

27

Desde el día en que salí de mi prisión en el zoológico, entendí que debía acostumbrarme a todo lo nuevo que viniera. Debí aprender rápidamente, debí sobrevivir, de eso se trataba.

Volví a la plaza en el centro de la ciudad.

A pocas cuadras de allí pago una pieza muy cómoda. Su única ventana muestra las paredes de los edificios de enfrente, pero a mí no me importa. El lugar es limpio y simple. Sigo durmiendo en el piso, pero nadie se entera. Durante el día, por la mañana, me acerco a la plaza con mis implementos, entre los que incluyo una cotona blanca que compré. La plaza ha cambiado, pero también hay cosas que permanecen. A los vagabundos los persigue la policía, cuando esto no ocurre se allegan a los bancos a dormir y a aprovechar los rayos del sol mañanero. Cerca de esos bancos instalé mi trípode con mi cámara fotográfica. Los fines de semana me gusta fotografiar a los niños que llegan con sus padres, pero también lo hago con novios, amigos de toda la vida, extranjeros que quieren un recuerdo del lugar

o quien quiera retratarse. El negocio da un poco de dinero —tampoco exijo mucho— y paga mis gastos para vivir tranquilamente.

A veces, pero solo en ocasiones muy especiales, tal vez en noches de luna llena, me visto y salgo de mi pieza. Camino hasta la plaza procurando que nadie me vea. Entonces vuelvo a trepar por esos grandes árboles y a disfrutar de esa vida que tal vez me correspondía, pero que nunca fue. He vivido largamente, he envejecido y cada vez me resulta más difícil subirme a los árboles de la plaza, pero cuando lo hago vuelvo a ser feliz. Ahora soy otro, un buen hombre, o un buen simio, da lo mismo. Mis proyectos futuros son sencillos, trabajar para conseguir dinero suficiente y viajar. No he pensado viajar a África, como podría suponerse, sino a un lugar especial del cual alguien arrastró hace años una fotografía. Llegaré hasta Tierra del Fuego, necesito contemplar ese enorme paisaje, ese grandioso cielo, pero no me preguntan por qué quiero hacerlo.